

CRISTIANIDAD



20 RAZON DE ESTE NUMERO

Resuena todavía el eco de las festividades de Navidad y de la Epifanía, y es por esta razón que

publicamos en el presente número, el texto completo del Himno XII de Prudencio y un artículo sobre el llamamiento de Su Santidad el Papa Pío XII a los intelectuales, en alocuciones de años anteriores, que por imposibilidad material no pudimos incluir en nuestro número anterior.

Aparecen también en este número otros artículos, que a pesar de no ofrecer entre sí una conexión tan acusada como en otras ocasiones, tienen, sin embargo, una actualidad viva y candente.

Editorial: Perspectiva de la hora actual. La reciente alocución del Papa.

Sección «**Plura ut unum**»: **San Policarpo, el Obispo de Esmirna, discípulo y elegido por San Juan**, por Esteban Miquela, Pbro. (págs. 26 y 27); **De la carta a los Filipenses de San Policarpo**, (pág. 27); **Vocación misionera de España. El Pontificio y Real Seminario Español de Misiones Extranjeras**, por Martín Garrido Hernando (págs. 28, 29 y 30); **La antigua Iglesia de Ausona (Vich)** por Clemente Villegas, Rector del Seminario de Vich, (págs. 31 y 32); **Llamamiento del Papa Pío XII a los intelectuales**, por Luis Rey Altuna (págs. 33, 34, 35 y 36); **Texto latino y versiones castellana y catalana del Himno XII del Cathemerinon de Prudencio**, por J. Florit y Costa Llobera (págs. 37, 38, 39 y 40).

Sección «**Del Tesoro perenne**», «**Nova et vétera**»: **Un artículo**, por José Selgas, (págs. 41 y 42); **Una Navidad en las Catacumbas**, por el P. Rutten (págs. 43 y 44).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **Feligreses buenos y malos**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 45 y 46); **Comentario Internacional. La grave situación de Francia (VI)**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 47 y 48).

Completan este número ilustraciones originales de Ignacio M.^a Serra Goday.



M. S.



Barcelona

INDUSTRIAL ANÓNIMA

G. V. C.

BARCELONA

CRISTIANDAD

NÚMERO 20 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48' - Ptas.
TRIMESTRAL 12' - »
EJEMPLAR 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

15 Enero de 1945

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

B A R C E L O N A

ECHEGARAY, 19 - MADRID

PERSPECTIVA DE LA HORA ACTUAL

LA RECIENTE ALOCUCIÓN DEL PAPA

El Romano Pontífice ha hablado nuevamente. Su voz llamando a la conciliación ha reflejado el cuadro de desolación que agobia al mundo en estos años de universal conflicto.

Nuevas corrientes ideológicas han ido minando en sus raíces el viejo edificio de nuestra civilización occidental, y han procurado cuartear los viejos sillares de granito sobre los que asienta. El Romano Pontífice señala este peligro, esta agitación "que no tiene quizás semejanza en ninguna de las crisis más graves de la Historia". Así mismo señala el móvil de esta agitación, que la atribuye a "una especie de odio a todo lo pasado, un loco afán de novedad que muchas veces carece de fundamento en su objeto y de nobleza en sus motivos, pero con el cual frecuentemente faltan la claridad y la precisión en la elección de los medios, mientras con imprudente positivismo se espera de la novedad más de lo que ésta pueda dar".

Porque no serán solamente las fronteras que los mapas señalan lo único que cambiará en el mundo futuro, sino también los hombres, "las almas de gran temple están dominadas por esta misma agitación". Porque, "quienquiera que sea experto en la interpretación de las señales de los tiempos presentes, en leer en el fondo del corazón de los hombres, sabe muy bien cómo con la inquietud que ha invadido la psicología de las multitudes por efecto de las guerras, de las desgracias que la han acompañado, ha penetrado en el mundo un ansia de renovación que tiende y empuja de una u otra manera a la acción".

El puente que enlaza el pasado con lo porvenir amenaza ruina. Todos los valores morales están en crisis. ¿Se vendrán abajo los sillares? ¿Aquella acción se volcará sobre este puente "como torrente impetuoso, arrastrando las barreras de la injusticia y de la inmoralidad?" Y por otra parte, "¿tendrá que sufrir todavía la mordedura de la venenosa guerra civil esta pobre humanidad después del sangriento azote de la guerra?"

Esta es la angustiosa situación en la actualidad. ¿Cuál será la actitud que la Iglesia adopte ante la misma? La respuesta es terminante, durante veinte siglos su "caridad misericordiosa" ha estado presente en todas las tribulaciones de esta atormentada humanidad. "La esposa de Cristo fortalecida, no por la debilidad humana, sino por la ayuda de la Omnipotencia Divina, puede y debe inclinarse con una ternura tanto más íntima y profunda, con una abnegación tanto más generosa hacia la inmensa muchedumbre de sus desventurados hijos, angustiados y con frecuencia víctimas del error".

Por todo ello el Papa se conduce de todas esas víctimas "que han padecido miseria, opresión e injusticia o abanono espiritual". Para todos ellos "un mensaje luminoso brilla en los ojos de la Iglesia" y en estas Navidades envía "un mensaje a los fieles de todo el mundo, muchos de los cuales han sufrido materialmente a causa del conflicto mundial, a todos los pueblos que experimentan hoy doblemente la necesidad de sentirse unidos como miembros igualmente verdaderos e igualmente amados de la gran familia de la Iglesia". "Nuestra voz se une a ellos portadora de amor y de bien, y a todos y cada uno recordamos sus propios deberes".



San Policarpo, el Obispo de Esmirna, discípulo y elegido por San Juan

El recuerdo de San Policarpo va íntimamente asociado al de San Ignacio de Antioquía, a quien recibió en su viaje — peregrinación — martirio en Esmirna. Discípulo conspicuo de San Juan Apóstol, de quien aprendió la celestial doctrina, fué instituido por el mismo como Obispo de Esmirna, según afirma Tertuliano en sus *Praescriptio-nes*. San Ireneo, el gran obispo de Lyon, posiblemente obispo de toda la comunidad cristiana de las Galias en aquel momento, discípulo a la vez de San Policarpo, ha dado un magnífico testimonio del mismo al decir al hereje Florino: "Las doctrinas que enseñan no concuerdan con la Iglesia. He conocido al bienaventurado Policarpo. Puedo señalar aún el sitio en que se sentaba para hablar, cuál era su paso al entrar y salir, que era lo que distinguía su vida, su aspecto físico, sus pláticas a la multitud, cómo hablaba de sus relaciones con Juan y los otros discípulos que habían visto al Señor, cómo recordaba sus palabras y las cosas pertinentes al Señor que había oído relatar; cómo Policarpo había sabido todo de los testigos oculares del Verbo de Vida. Todo lo cual por la misericordia de Dios he conservado en la memoria no mediante su papel sino en mi corazón. Y puedo atestiguar ante Dios que si este bienaventurado anciano, este hombre apostólico, hubiera oído cosas semejantes a éstas, hubiera lanzado gritos y hubiese, abandonado, bien que se hallare sentado o de pie, el lugar donde oyere tales razonamientos".

Según cuenta Eusebio en su Historia Eclesiástica, nació el año 70 en el Asia Menor. Lo que es absolutamente cierto es que joven todavía fué establecido Obispo de Esmirna y que después de la muerte de San Ignacio fué el obispo de más prestigio en el Asia y tal vez en el mundo católico de su tiempo. Conversó mucho con los que conocieron y hablaron con el Señor. La amistad mutua que se estableció entre él y San Ignacio es una cosa sin par. El amor del Obispo de Esmirna para la sana doctrina y la Tradición nos es afirmado por San Ireneo, a quien tan íntimamente conoció. Es Obispo que cuida solícito de su grey, y al final de su vida, achacoso, hace el penoso viaje hasta Roma para discutir con el Papa Aniceto y defender la costumbre de su Iglesia en cuestión de fechas de la Pascua. Allí le encontramos presidiendo en nombre del Papa la fiesta litúrgica, prueba de la gran veneración que hacia él sentía la Iglesia. A pesar de no llegar a un acuerdo total en el asunto que motivó su viaje se separaron en paz. Obispo de ortodoxia es a la vez el Obispo intrépido que no ceja en su labor apostólica ante los más graves peligros. Echado de su Obispado por las malas artes del hereje Marción, al preguntarle éste si le conocía, contestó sin vacilar el anciano Obispo: sí, conozco al primogénito de Satanás. Poco tiempo después murió mártir de la fe de Jesucristo, el año 155.

Se conservan las Actas de su martirio escritas para la Iglesia de Esmirna y enviadas el mismo año de su muerte a la Iglesia de Filomelia y a toda la Cristiandad en comunión con la Iglesia Católica.

Sus discípulos le llamaban el muy santo maestro y se complacían en verle representado, después de su martirio, en el cielo en compañía de Jesucristo y de los Apóstoles.

Poco después de su viaje a Roma, el viento impetuoso

del fanatismo se levantó en la ciudad de Esmirna bajo el lema de "abajo los ateos" siendo el Obispo juntamente con otros once cristianos más, sus víctimas preclaras. El anciano Obispo no aparecía en público en aquella fecha en su ciudad y peregrinaba por otras ciudades exhortando a los fieles a mantener la unidad de la fe y anunciándoles su inminente martirio. Detenido en las cercanías de Esmirna fué conducido al anfiteatro en presencia del procónsul Estacio Cuadrato exigiéndole éste que gritara: "mue- ran los ateos". El anciano Obispo consintió en repetir esta frase, pero en sentido muy diverso al que pretendía el procónsul. Este le invitó de nuevo a renegar de Cristo y entonces el Obispo con una entereza sin par y con serenidad altísima le contesta: he ahí que hace ochenta y seis años que sirvo a este Señor y no me ha hecho mal alguno ¿cómo quieres que maldiga a mi Rey y Salvador?

Fué quemado vivo después de haber sido atravesado por el puñal o la espada. Los cristianos recogieron sus huesos, más preciosos que las piedras preciosas, y empezaron a venerarlos extendiéndose rápidamente el culto a estas reliquias por el Oriente y el Occidente.

San Policarpo es un Obispo modélico, el hombre de más prestigio del Asia cristiana, consejero incansable de viudas, huérfanos, jóvenes, vírgenes y clérigos. Nos cuenta San Ireneo que escribió diversas cartas a las Iglesias, que se han perdido para nosotros, salvo una respuesta a los Filipenses que conservamos, y aun no íntegramente, sino es en la versión latina muy mediocre. Los manuscritos griegos acaban en el capítulo IX. Eusebio ha reproducido en su Historia Eclesiástica el IX y el XIII, muy importantes por cierto.

El estilo que domina la carta de San Policarpo es simple como su pensamiento, derivado del de San Pablo a los fieles de Filipo, y les da saludables consejos entresacados del Nuevo Testamento y les manda todas las cartas que posee de San Ignacio, lo cual prueba la catolicidad real de la Iglesia primitiva y su gran espíritu jerárquico. Se observa fácilmente la gran influencia que tienen en él San Clemente Romano al exhortarles a guardar la pureza de la fe, caminar cristianamente y obdecir a los presbíteros y diáconos. Se nota la constante solicitud para que sea conservada la verdadera doctrina y la tradición apostólica, y encarece la unidad de los cristianos. El grave peligro para la Iglesia primitiva era la división, y los herejes trabajaban con todo denuedo para aniquilarla extendiéndose la herejía hasta el Occidente. Marción, que murió poco después de San Policarpo, era venerado por sus secuaces, que lo colocaban en el Cielo en compañía de Jesucristo y de San Pablo. El más destacado es Apelo que redujo el dualismo a unidad alcanzando con ello gran fama. Por esto San Policarpo siguiendo la Tradición patristica no se cansa de combatir la herejía y el cisma. Pretender dividir la cristiandad fué la intención manifiesta de todos los herejes del primer siglo. San Pablo ya nos habla de las divisiones que en su tiempo había en que uno se decía de Pedro, otro de Pablo. ¿Acaso, contesta el Apóstol, Cristo está dividido? Por esto se comprende la constancia de los Padres en defender la unidad de doctrina y de jerarquía necesaria para la vida de la Iglesia. En los fragmentos que

poseemos vemos al discípulo de San Juan reproducir el Evangelio y a los Apóstoles.

El discípulo de San Juan aparece en plenitud. El Apóstol de la caridad ha sabido enseñar a sus discípulos la excelencia y necesidad de esta virtud. Después de la caridad esencia del cristianismo, San Policarpo señala las virtudes que deben caracterizar a los ministros de Dios: "los presbíteros estén inclinados a la misericordia con todos, ni demasiado severos en el juicio sabiendo que somos deudores al pecado". La fe en Jesucristo es necesaria para salvarse, y la perseverancia en ella y en las demás virtudes también. El que no está en estas virtudes pertenece al anticristo (1).

Las Actas de su martirio, documento ejemplarísimo, nos manifiestan la grandeza moral de este mártir insigne: "los mártires despreciaban los tormentos mundanos mirando a la gracia de Jesucristo, redimiéndose en el espacio de una hora de la pena eterna. El mismo fuego de sus crueles atormentadores, les parecía ser frío. Tenían ante su vista la consideración del fuego eterno que no acaba nunca y con los ojos del corazón miraban aquellos bienes que son reservados a los que resisten... Adoramos a Cristo como a Hijo de Dios, a los mártires los amamos como a discípulos e imitadores de Cristo por su eximia benevolencia hacia el Rey y Maestro, del cual ojalá seamos consortes y condiscípulos... Viendo el Centurión que se había originado una disputa por parte de los judíos, quemó el cuerpo puesto en medio como la costumbre. Y así nosotros recogimos los huesos más queridos que las piedras preciosas y más probados que el oro y los pusimos en el lugar que convenía. En cuanto podemos hacerlo nos reunimos cada año con gozo y exaltación para celebrar el día natal de su martirio en memoria de los que sufrieron esta prueba y también para que los descendientes estén animados y preparados para sufrir los mismos tormentos". En estas actas se encuentra el magnífico diálogo establecido entre San Policarpo y el Procónsul Estacio Cuadrato que lo inducía a renegar de la fe de Cristo, contestándole enérgico el anciano obispo que "ningún mal le había hecho este Señor y Salvador en su larga vida". Lo cual es testimonio de su fe a la par que de la doctrina que profesaba.

El diálogo del martirio de San Policarpo nos es contado en las Actas de los mártires, documento histórico de inapreciable valor por cuanto fué compuesto un año más tarde de su martirio. Dom Leclerc que las ha estudiado con todo cuidado dice que este documento, de fuerza probativa indiscutible, es de una elevación rara: "Policarpo,

por respeto a la edad que tienes, retráctate, jura por el genio de César y grita "no más ateos!" Policarpo paseando su mirada tranquila sobre la multitud que llenaba las gradas tendió la mano hacia ella y dijo: "Sí, realmente, no más ateos" y elevó los ojos al Cielo suspirando profundamente. Estacio Cuadrato insistió: jura y te perdonaré. Maldice a Cristo. El Santo respondió: ochenta y seis años que le sirvo y no me ha hecho mal alguno, ¿cómo quieres que blasfeme de mi Rey y Salvador?—Jura por el genio del César.—Es que te olvidas de quien soy yo?— Escucha: yo soy cristiano.—Tengo bestias feroces.—Tráelas aquí, Me será agradable pasar de esta vida de miseria a la justicia suprema.—Ya que te mofas de las bestias, te haré quemar vivo.—Me amenazas con un fuego que dura una hora. ¿Ignoras que hay un fuego eterno para los impíos?

Mientras que Policarpo decía estas cosas, la gracia divina iluminaba su rostro y notóse que el Procónsul daba en el interrogatorio más señales de turbación que el acusado.

El populacho grita: "al fuego" invadiendo las tiendas y los baños buscando leña. La hoguera está dispuesta. Policarpo fué atado a un poste de pies y con las manos a la espalda. Elevando los ojos al cielo, dijo: Señor te bendigo y te doy gracias por los beneficios que de Ti he recibido por el Pontífice eterno, Jesucristo, tu muy amado Hijo, por el cual sea a Ti con El, y el Espíritu Santo te de gloria ahora y siempre. Amén. Así que acabó de decir Amén, los siervos del verdugo prendieron fuego a los haces de leña. Entonces fuimos testigos de un gran prodigio: Al elevarse las llamas formaron sobre la cabeza del mártir como una bóveda presentando el aspecto de una vela que es hinchada por el viento. Acarcándose el verdugo hacia el mártir lo atravesó con su espada. El cadáver fué reducido a cenizas. Con él perecieron, mártires también, once cristianos más. Dígnese el Señor hacernos compañeros de su suerte y felicidad (1).

Murió el ilustre Obispo de Esmirna el año 155, siendo Procónsul Estacio Cuadrato y emperador M. Antonino Pío, a los ochenta y seis años de edad, después de haber luchado valerosamente para defender a la Iglesia de Cristo y haberla ilustrado sabiamente y gobernado rectamente habiendo convertido innumerables herejes a la fe católica y defendido la ortodoxia. Sufrió el martirio por Cristo siendo su carta a las Filipenses leída en las Asambleas cristianas del Asia con gran edificación.

Esteban Miquela, Pbro.

(1) Véase los fragmentos de las cartas de San Policarpo.

(1) Véase Funck. Patres Apostolici 1., 314.

De la Carta a los Filipenses de San Policarpo

"Acordaos de lo que dijo el Señor enseñando: no queráis juzgar y no seréis juzgados, perdonad y se os perdonará, compadeceos para conseguir misericordia, con la medida que midiereis a los otros se os medirá, bienaventurados los pobres y los que padecen persecución porque de ellos es el reino de Dios.

Pablo ausente de vosotros os escribió cartas que si las miráis podéis ser edificados en la fe que se os ha dado que es madre de todos nosotros siguiendo la esperanza y precediendo la caridad en Dios, en Cristo y en el prójimo. Si alguno está dentro de estas cosas cumplió el mandato de justicia, pues quien tiene caridad está lejos de todo pecado.

Todo el que no confiese que Jesucristo ha venido en carne es el anticristo y el que no confesare el testimonio de la Cruz es del demonio, y el que desviare las palabras

del Señor según sus deseos y dijere que no hay resurrección ni juicio, éste es el primogénito de Satanás. Por esto abandonando la vanidad de muchos y las falsas doctrinas, volvamos a la doctrina que nos fué dada al empezar.

Permanezcamos incansables en nuestra esperanza y en la prenda de nuestra justicia, que es Jesucristo, el cual llevó sobre el madero, en su cuerpo, nuestros pecados, quien no había cometido pecado, y no se encontró engaño en su boca, y lo padeció todo para que vivamos en Él.

Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, pontífice eterno, Dios Jesucristo os edifique en la fe y verdad y en toda mansedumbre sin ira, con paciencia y longanimidad, con tolerancia y castidad y os de parte con sus santos y con nosotros y vosotros y con todos los que están en el Cielo que creerán en Nuestro Señor Jesucristo y en el Padre que lo resucitó de entre los muertos".

VOCACIÓN MISIONERA DE ESPAÑA

El Pontificio y Real Seminario Español de Misiones Extranjeras

Sonda indeleble

“El Criador —escribe el Filósofo de Vich— que distribuye a los hombres las facultades en diferentes grados, les comunica un instinto precioso que les muestra su destino. La inclinación muy duradera y constante hacia una ocupación, es indicio, bastante seguro, de que nacimos con aptitud para ella...”

También los pueblos, como los individuos, podemos decir, parafraseando el pensamiento de Balme, han recibido de Dios un instinto precioso que les señala distintamente su derrotero. No en balde unos y otros tienen que cumplir en la vida y en la Historia —no en sentido fatalista, sino dentro del anchuroso cauce del libre albedrío— la misión que la Providencia haya tenido a bien confiarles.

La misión de España —cñéndonos a nuestro propósito— es manifiesta. Su inclinación, indudable. Su vocación, clarísima. Su trayectoria, indeleble. Su destino, terminante. Afirmar la vocación misionera de nuestra Patria es formular un axioma, por nadie puesto en tela de juicio. Negarla, valdría tanto como negar su propia existencia. Este pueblo singular no es otra cosa que un tejido prodigioso de hazañas, sin precedentes, en torno a la Cruz y a la civilización cristiana. La defensa de la Fe católica y la difusión del Evangelio son el más preciado de sus blasones. Por eso, el genio cántabro —y, por cántabro, castellano— que, a punta de cincel, acertó a esculpir aquel maravilloso Epílogo de la más trascendental de sus obras, pudo grabar en caracteres de bronce, sobre entenebrecida frente de una sociedad escéptica y materialista, aquella frase lapidaria, síntesis suprema de la España imperial, en sus días magníficos: “ESPAÑA, EVANGELIZADORA DE LA MITAD DEL ORBE... ESA ES NUESTRA GRANDEZA... NO TENEMOS OTRA...”

Desorientación y olvido

Pero los pueblos también olvidan. La carcoma de la indiferencia, precursora del desaliento y la derrota, también hace nido en el cuerpo social. La nación de más limpia ejecutoria entre todos los pueblos llegó —triste es confesarlo— a mirar con desvío lo que, en último término, constituye la raíz íntima de su grandeza. Y tras el desvío vino el desdén, y tras el desdén aquel ciego enamorarse de principios y novedades exóticas que estuvieron a punto de dar al traste con el genuino espíritu de nuestras gentes, en buena parte inmunes al virus corruptor que se nos entraba por las fronteras. En fuerza de “europeizarnos”, fueron legión los que llegaron a olvidarse hasta de su propia ascendencia. Se llamaban españoles, y no tenían de tales más que los rasgos físicos que denotan nuestra progenie. El alma que latía debajo de aquella corteza no era española. Era “europea”: La antítesis de nuestros modos, de nuestro carácter, de nuestros pensamientos. De misioneros de la verdad habían muchos descendido a la mísera condición de lacayos de la mentira. De evangelizadores del bien, a la

triste servidumbre de apóstoles de la impiedad. De ahí nuestra decadencia, nuestro descrédito, nuestro desprestigio. La España evangelizadora de la mitad del Orbe había olvidado su herencia; había arrinconado sus más rancios pergaminos. De tejas abajo, todo parecía definitivamente perdido. En lo humano no se vislumbraba el remedio. Pero...

Dios, que, en sus altos designios, no podía permitir nuestra inacción ni nuestra incuria, quiso recordarnos un día, por medio de su Vicario en la tierra, nuestra olvidada misión histórica, nuestra vocación secular casi malograda; único modo de hacer reaccionar al cuerpo social, poniéndole delante de los ojos un ideal elevadísimo: el mismo precisamente que antaño llevó el nombre de España hasta la cúspide del apogeo; el mismo que espoleó a nuestros conquistadores y navegantes, a nuestros teólogos y misioneros en la magna empresa de cristianizar a medio mundo; el mismo que hizo posible, en el decurso de la Historia, todo el amplio desenvolvimiento de nuestras energías raciales, en lucha, muchas veces desigual, con los enemigos de nuestras creencias.

Aurora primaveral

30 de abril de 1919. Primavera luminosa, con efluvios de aromas misionales para la España católica. Su Santidad Benedicto XV, altamente apesadumbrado ante el pavoroso problema de las Misiones, en aquellos momentos angustiosos de la postguerra, miró en derredor suyo, y todo lo encontró medio vacío. El huracán de la primera contienda mundial poco o nada había respetado. La heredad del Padre de Familias era un verdadero campo de desolación, por falta de operarios. ¿Qué hacer? ¿Abandonar la viña del Señor?... El Papa, en su desasosiego paternal, volvió dulcemente los ojos hacia su amadísima España, y, aunque con dolor inmenso advirtió los estragos que la indiferencia y el desvío, cuando no la abierta impiedad, habían sembrado en muchos espíritus, hasta conseguir, si no apagar por entero las lumbres de nuestro genio misionero, sí al menos ensombrecerlas; confiado en las hondas reservas de nuestra raza dispusóse a ponerlas en plena actividad y eficiencia, teniendo, como tenía, la certidumbre de que la vocación misionera de nuestro pueblo era una semilla soterrada pero no desaparecida, aletargada pero no muerta; susceptible de germinar al primer beso de la gracia, que el Señor no niega jamás cuando la cooperación activa y desinteresada no rehuye el concurso que se le exige.

En este punto y hora, pues, el Sumo Pontífice enderezó al entonces Arzobispo de la Sede burgense, y poco después glorioso Purpurado, de grata memoria, un Documento magnífico, síntesis de los anhelos de la Iglesia de Dios, y memorial de predilección a España y, en particular, a la vetusta y por cien títulos venerable Cabeza de Castilla. “Es Nuestro deseo —son palabras de Su Santidad— que uno de los proyectos que con más entusiasmo acaricies sea el procurar, por cuantos medios es-

tén a tu alcance, que dentro de los muros de Burgos se formen, aptos para el caso, jóvenes escogidos del Clero, que se sientan llamados por Dios para evangelizar a los infieles, ya que guerra tan monstruosa y larga ha reducido a mermado número los pregoneros del Evangelio; vacío, por otra parte, que, no pudiendo llenarse con los Colegios existentes de Propaganda Fide, reclama que surjan nuevas instituciones similares, debidas a la generosidad de las naciones católicas. Y en este punto — prosigue el Papa — no hay duda que NO ES NADA DECOROSO que España, cuyos pasados servicios apostólicos fueron de tanto relieve, *olvidada ahora de sí*, deje vencerse por ningún otro pueblo...”

* * *

Los deseos del Santo Padre, el mandato del Vicario de Cristo, son terminantes. A España parece acudir, en última instancia, en demanda de un apoyo que no podrá dignamente eludir; porque *no es decoroso* que quien tantos días de triunfo dió a la Cristiandad, con sus servicios apostólicos de antaño, *olvidada ahora de sí* se deje arrebatarse la palma, en las avanzadas de la evangelización, por otras naciones. Palabras augustas que encierran, en su laconismo, una justificada alabanza, de una parte, y un duro y paternal reproche, de la otra. Contemplada, parece decirnos Benedicto XV, los más gloriosos timbres de vuestra nobleza. Ellos dicen, por sí solos, de vuestra misión evangelizadora de ayer. ¿No os avergüenza haberlos tenido arrinconados en el ángulo más oscuro de vuestra casa solariega? Pues mirad: por ellos, y sólo por ellos, podéis pasearos, santamente orgullosos, por toda la redondez de la tierra. ¿Qué sería de la Historia de España sin esa herencia envidiable? La Patria de San Francisco Javier no puede dignamente hacer almoneda de un pasado lleno de maravillas misioneras. Despertad de vuestro marasmo, sacudid vuestra pereza actual, porque NO ES NADA DECOROSO que hayáis venido tan a menos, y que otros, sin tantos títulos como vosotros, puedan disputaros, al presente, el lauro de haber sabido corresponder, con resoluciones, al llamamiento apremiante de la Iglesia. ¡Gran verdad la que vuestro sabio polígrafo lanzó a los cuatro puntos cardinales para que nadie pueda alegar ignorancia! ESPAÑA, EVANGELIZADORA DE LA MITAD DEL ORBE... ESA ES NUESTRA GRANDEZA... NO TENEMOS OTRA...

En buena tierra

El Documento pontificio no cayó, no podía caer en el vacío. El alma generosa y espléndida del Cardenal Benlloch — figura arrancada al retablo del Renacimiento — rompió en explosiones de júbilo, y, sin darse punto de reposo, sorprendió al mundo católico, un año más tarde, con una maravillosa Pastoral que es todo un tratado de teología misionera, y que, a buen seguro, le valió, por parte de Su Santidad, la Púrpura Cardenalicia, que tantos prestigios habría de cosechar, andando el tiempo, en aquella triunfal embajada por las naciones del Sur de América, descubiertas y evangelizadas por el genio audaz y andariego de España.

Por fortuna la nueva Institución encontraba ya bien asentados los cimientos. Oigamos al Papa. “Además — dícele al Prelado — de que providencia es singular de Dios que encuentres ya en esa ciudad, Sede para tí tan honorífica, como principios de obra de esa índole; puesto que no desconoces cómo Gerardo Villota, sacerdote de santa memoria, en su afán de ayudar, ora a las Diócesis de América Latina, ora a las Misiones de infieles, echó los cimientos (a más no llegaban sus modestos recursos) de un Colegio que consta de dos secciones: la una para formar operarios que trabajen en diócesis constituídas, y la otra para

educación de Misioneros...” Refiérese el Santo Padre al Colegio de Ultramar (sede actual del Seminario de Misiones Extranjeras, en tanto no se levante el nuevo y soberbio edificio en construcción) que el espíritu evangélico de su fundador erigió en 1899, y que, no obstante, las dificultades de todo orden, tan copiosos frutos de bendición logró cosechar en sus 20 años de existencia.

El Cardenal Benlloch, todo fervor y dinamismo, pudo contemplar al siguiente año, exactamente el 3 de diciembre de 1920, aquella egregia constelación de personajes (Nuncio de S. S., en representación del Papa, Ministro de Gracia y Justicia, en nombre del Jefe del Estado, Sr. Obispo de Calahorra, por la provincia eclesiástica, y los Vicarios Apostólicos del Tonkin Oriental y Shensi septentrional), en cuya presencia fué firmada el Acta de inauguración del nuevo Seminario Español de Misiones Extranjeras, al que se concedieron los títulos de Pontificio y Real, en atención al alto patronato, sobre la Obra, del Romano Pontífice y de S. M. el Rey. Acababa el Cardenal de dar cumplimiento al mandato del Jefe de la Iglesia. La España misionera había, por su sagrada persona, contestado solemnemente al mensaje pontificio. Sólo faltaba poner en marcha la institución, y a ello se consagró, con alma y vida, en el resto de sus días.

Cosecha en sazón

El Seminario Español de San Francisco Javier pro Misiones Extranjeras es hoy el centro espiritual sobre el que convergen las miradas del Sacerdocio secular y de todos cuantos se interesan por el magno problema misionero, agudizado en estos días — todavía con más graves caracteres que en el período de la guerra anterior — a causa de la terrible conmoción que sacude a todos los pueblos, con las más dolorosas repercusiones en el campo confiado a los evangelizadores católicos en tierras de infieles. No es de extrañar, pues, que S. S. Pío XII, felizmente reinante, observe, preocupadísimo, el porvenir misional, si cabe con más angustia que Benedicto XV, puesto que los estragos de la presente conflagración son de mucha mayor trascendencia que los registrados en la pasada. De ahí que, al igual que aquel inolvidable Pontífice, ponga sus esperanzas en España, y aún dilate su paternal mirada sobre Portugal y los pueblos de habla española en Ultramar. La hora, pues, de España ha sonado, y nadie puede en conciencia hacer oídos de mercader al llamamiento de Jesucristo, por intermedio de sus Vicarios en la tierra.

* * *

Desde su fundación a nuestros días, el Seminario Español de Misiones Extranjeras no se da punto de reposo para ponerse a la altura que las circunstancias demandan. Algunos datos solamente de su actividad apostólica en la “Prefectura de San Jorge”, que en Colombia le fué confiada, dicen, por sí solos, más que lo que pudiéramos alegar por nuestra cuenta. Tiene la Prefectura 21.000 kilómetros cuadrados de extensión y 90.000 habitantes. Trabajan en sus Residencias 20 Padres Misioneros, y, entre otras obras, se han levantado 12 Iglesias, 35 Capillas y 10 Casas Curales. En sus Colegios se educan centenares de alumnos y millares de niños. Dos son las imprentas con que cuenta la Misión, y se editan 6 Hojas Parroquiales. Se ha fundado un instituto femenino de “Damas Catequistas de la Doctrina Cristiana”, y desde 1938 funciona un Seminario Menor con 25 alumnos. Todo esto sin contar otras actividades, que sería prolijo enumerar, tales como la labor, fructífera en extremo, en cuanto al ejercicio del ministerio sacerdotal en sus distintas manifestaciones...

A la vista de lo expuesto, cabe preguntarse. Si estos frutos se vienen cosechando, con escasos medios y relativamente reducido número de operarios, ¿qué no habrá que

esperar el día en que éstos se multipliquen; cuando el nuevo Seminario pueda acoger en sus aulas la flor y nata de la juventud española, con decidida vocación misionera? África, Asia, Oceanía... Dilatado campo de operaciones que espera, como lluvia benéfica, la llegada de los sembradores del Bien!...

Horizontes sin límites

Y hemos llegado al final de nuestro trabajo. Pero, antes de rubricar estas mal hilvanadas líneas, bueno será que, valiéndonos de un precioso opúsculo que tenemos a la vista, nos preguntemos con su anónimo autor. "¿Qué es eso del Seminario de Misiones? ¿De qué se trata? ¿Qué pretende?"

"Se trata de una institución neta y exclusivamente misionera, cuyos miembros todos están dados de lleno, en cuerpo y alma, a las Misiones. Firmemente vinculada a Roma, se halla a las órdenes directas del Papa, por medio de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide... De Roma emanó el mandato de fundación. Para Roma únicamente trabajan sus misioneros. La institución... es una gran palanca que España pone en manos del Papa para luchar en las vanguardias de la Iglesia Misionera". "Pre-tende implantar, en países de misión, la Iglesia Católica con todos los elementos de vida que cuenta entre nosotros; desarrollarla paulatinamente hasta darle una autonomía total; asimilando y transformando el elemento indígena. Punto esencial de esta asimilación, desarrollo e

implantación es la formación de la jerarquía indígena... Toda esta labor es obra del sacerdocio católico, especialmente del secular, por estar vinculada a él, por institución divina, la constitución y desempeño de la Jerarquía... Y esta labor la ha de llevar a cabo el Seminario, como emisario de la Nación Española, como instrumento de su Jerarquía Eclesiástica, como parte escogida, élite misionera, de su Clero Secular; lo cual, llegada la Institución a su desarrollo, supone una compenetración íntima de ésta con el pueblo, Gobierno y Clero, inspirada en la tradición misionera de España..."

Para ti

Lector amigo: He ahí lo que es y lo que será el Seminario Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras. Hace 25 años que presencié España el acto fundacional. Y en esos cuatro lustros, ¡cuántos heroísmos callados, qué enorme labor desarrollada, qué esperanzas prometedoras para un futuro no lejano...! Sin embargo, bien sabes tú que las obras de Dios han menester de nuestra cooperación, y que no es lícito sustraerse al cumplimiento del deber, cuando Dios nos lo exige. Dilatado campo de acción tienen, pues, tus desvelos, si de veras te decides a poner tu granito de arena en esta Obra del Señor. Oraciones, propaganda, aportación económica. Y todo ello, sin regateos, sin restricciones mentales. Con buena voluntad. Alegrementemente. No te pesará.

Martín Garrido Hernando

Es indudable que en este siglo de indiferencia y de duda ya no se comprende ni el amor apasionado a la verdad ni el odio vigoroso a la mentira. Ya no se distingue la vehemencia inspirada por una ardiente caridad, de la cólera culpable, fruto del egoísmo.

(RAMIÈRE)

La antigua Iglesia de Ausona (Vich)

La antigua Iglesia de Ausona fué la cuna cultural donde se formó el Pontífice iniciador de la Cristiandad Medieval: Silvestre II, que gobernó la Iglesia a principios del Siglo XI.

El Ilustre Rector del Seminario vicense, Canónigo doctor Villegas, honra hoy nuestras columnas con unas pinceladas sobre la historia de esta antigua Iglesia.

Poco sabemos de los orígenes del cristianismo en nuestra ciudad y diócesis. Su importancia como capital de los pueblos ausetanos, su situación en el camino o vía interior que conducía a la Galias no la tendrían aislada, como otras de Cataluña, y hemos de suponer que presto llegó aquí la predicación del Evangelio. Una cel-la o templo romano, que aun se conserva, demuestra así mismo la romanización de nuestra ciudad, aun antes del cristianismo. Tiene muchas razones en contra la tradición que hace a los mártires Luciano y Marciano naturales de esta ciudad y martirizados en ella. La vecindad con Barcelona, que cuenta con tan insigne martirologio y con obispos tan doctos y celosos como San Paciano, dan lugar a presumir que existiría, en la que hoy llamamos Vich, una cristiandad floreciente.

Es famoso en la historia eclesiástica de España el Concilio de Ilíberis a principios del siglo V. En un principio creyeron algunos que esta Ilíberis era una ciudad de la Aquitania en el sud de Francia. Hoy nadie duda de que se trata de Elvira, la actual Granada en Andalucía. ¿Había ya entonces obispo en Ausona? ¿Asistió a dicho Concilio? Nada sabemos. ¿Fueron aquí conocidos y practicados los cánones del célebre Concilio que regulan la disciplina de la Iglesia española? Con mucha más probabilidad podemos creerlo. A pesar de la división en España Tarraconense y España Citerior había cierta unidad y comunicación entre ambas. A dicho Concilio asistió San Valero, arzobispo de Zaragoza, que pertenecía a la Tarraconense.

La romanización y consiguiente evangelización de toda Cataluña parece natural si atendemos a las comunicaciones de Tarragona con Italia y Roma; los procónsules y probablemente los mismos Emperadores visitaban dicha metrópoli como estación invernal y el más importante puerto del Mediterráneo occidental. Conocidas son las actas del martirio de San Fructuoso, arzobispo de aquella ciudad. La primera Decretal que figuraba en el antiguo Corpus Juris Canonici fué enviada a Himmerio, metropolitano de Tarragona. Según algunos el Papa San Dámaso procedía de familia catalana.

¿Cuál fué el primer obispo de Vich? No parece que haya de darse crédito al cronicón de Flav. Dextro, zaragozano, que señala como a tal a San Justo. La devoción que la ciudad de Vich tiene a este Santo viene de otra fuente: poseer sus reliquias y ser especial abogado en tiempo de terremotos. El P. Florez inicia el episcopologio de esta iglesia con el nombre de Cinidio, en tiempo del Papa Hormisdas, hacia los años 517.

Durante el período visigótico la vida de la Iglesia española gira alrededor de los Concilios de Toledo, asambleas mixtas a lo que parece, que fraguaron la unidad española



asentándola sobre la firmísima base de la fe católica. La vida eclesiástica del pueblo y clero de nuestra diócesis se regiría sin duda por lo establecido en el IV Concilio Toledano, al que asistió Esteban, obispo ausonense, y que gobernó desde 614 a 633. En 711 sobrevino la invasión de los árabes y nuestra Iglesia siguió la suerte de todas las demás de la patria. Sepultada bajo la olas de la morisma habian de pasar largos años hasta reaparecer remozada y llena de vida.

Ausona es reconquistada.—Hacia el año 889 fué reconquistada la ciudad con el auxilio de los reyes francos. Esta circunstancia hizo que la diócesis fuese agregada a la metropolitana de Narbona, cuyo arzobispo impuso al de Ausona el tributo anual de una libra de plata. El primer obispo después de la restauración fué Godmaro. Su sucesor Idalcario, considerando algo humillante el pago del expresado tributo, en un Concilio celebrado en Barcelona el año 906, después de una peroración elocuente, logró librar a nuestra sede de la susodicha carga.

Por lo demás la influencia francesa se hizo sentir en casi toda la disciplina eclesiástica. En las escrituras se adoptó la letra francesa y el modo de contar los años por los reyes de aquella nación: se introdujeron los diezmos y otras costumbres.

En particular se restauró la *Canónica* según la regla del Concilio de Aquisgran de 816. El restaurador fué el obispo Wadamiro, el cual murió cuatro días después de haber firmado el decreto de tan importante obra. En el inventario de las alhajas del citado obispo, que mandó levantar el obispo de Barcelona Willara después del sepelio, figura un ejemplar de la *Vita Canonica Aquisgranense*. Se leía un trozo de esta regla en Prima después del *Pretiosa in conspectu Domini*... Por ella se obligaban los canónigos principalmente a la vida común y a la continencia. Mas aquí, como en todas partes, el poseer los canónigos peculio propio fué socavando la vida común y se fueron

introduciendo grandes abusos y escándalos, de manera que hacia 1080 el obispo Berenguer Rosanes, con acuerdo del abad de San Rufo de Marsella introdujo una nueva forma de vida. A lo que parece los canónigos continuaron seculares, pero algunos, los más ejemplares, aceptaron la reforma, la cual, como no exigía votos, no era propiamente la de los canónigos regulares de Manresa y San Juan de las Abadesas.

Ritos.—Entre tanto la iglesia de Ausona iba creciendo en influencia. Sus obispos asistían o enviaban delegados a todos los Concilios de la provincia. Hay ejemplos de que se observaban también algunas prescripciones de fuera provincia, como el cánón del Concilio Valentino mandando que en la enfermedad mortal de un obispo acudiese el inmediato a cuidar de la iglesia huérfana, según hemos dicho lo hizo Wilara de Barcelona a la muerte de Wadamiro de Ausona. En los ritos la influencia francesa continuó persistente. El rito dominante no era ni el mozárabe puro ni el romano, sino uno más bien mixto con tendencia a asimilarse el romano, de manera que cuando fué este declarado obligatorio en toda España, aquí estaba ya en uso. Es porque los obispos se habían educado casi todos en Francia y seguían el ejemplo de la Narbonense por una parte y por otra las comunicaciones y viajes a Roma eran cada vez más frecuentes. En la diócesis se introdujeron muchos Santos de origen galo o romano, como Martín, Poncio, Hilario, Baudilio, Hipólito... En el Cánón de la Misa añadía nuestra iglesia los nombres de Hilario, Nicolás, Jenaro, Benedicto...

Costumbres.—Ya Ozanam en sus estudios sobre los Germanos hizo notar la influencia de las homilias e instrucciones catequéticas de los humildes párrocos de aldeas en aquellos siglos, llamados bárbaros por la confusión y desconcierto consiguientes a la invasión. Nuestra diócesis ha conservado siempre con tenacidad esta importancia de la *Misa Matinal* con la sencilla y fervorosa instrucción del párroco *a peu d'altar*. Aun hoy es uno de los espectáculos más hermosos de nuestras parroquias rurales, a pesar de haber perdido mucho de su antigua religiosidad. En aquellos tiempos todos los fieles presentaban sus ofrendas, y los no casados, oída la plática, se acercaban a las gradas del altar donde el párroco les preguntaba y explicaba el Catecismo. Paralelamente a esta formación religiosa hay que recordar la ley de los Mayorazgos, que arraigó sobre todo en la parte alta de Cataluña, de manera que un mismo patrimonio se conservaba cuatrocientos y quinientos años en unas mismas manos. No es de extrañar que se formaran estas familias *payrals*, verdaderos baluartes de las sanas tradiciones y que han sido la admiración de los sociólogos de todos los países.

Attón y Gerberto.—Mención a parte merece el pontificado de Attón, quien gobernó esta diócesis desde 957 a 972. Era un sacerdote docto y de vida ejemplar, que admitió la vida canónica y suscribió la restauración hecha por su predecesor Wadamiro en el mismo año 957. Entre otros actos, autorizó como notario la escritura de restauración del monasterio de Santa Cecilia de Montserrat, y adquirió por donación de Borrell tierras en el Condado de Manresa y tal fué su prestigio que el Papa Juan XIII le nombró arzobispo honorario de Tarragona, que estaba aún en poder de la morisma.

Gerberto.—Pero la gloria más pura de Attón es la de haber tenido por discípulo al célebre Gerberto, que fué después Papa con el nombre de Silvestre II. Nació Gerberto hacia 975 en la Auvernia y se educó en el monasterio de Aurillac. El conde Borrell, en un viaje que hizo a Francia, conoció al joven monje y, prendado de sus cualidades, le llevó consigo a Barcelona; de aquí pasó a nuestra ciudad, que por lo visto ya entonces era famosa por sus escuelas y lugar propicio para los estudios. En la escuela episcopal, dirigida por el propio Attón, amplió Ger-

berto los estudios, sobre todo de ciencias naturales. Sin duda frecuentó con el mismo fin las escuelas de los árabes. Por aquel entonces gobernaba el Califato de Córdoba Alhaquen II, hombre entregado a los libros, que reunió a costa de gastos cuantiosos en una biblioteca 400.000 volúmenes, siendo considerado como uno de los más eruditos de su tiempo. Cuando el conde de la Marca Hispana, Borrell, quiso obtener de Roma la fundación de un arzobispado en Vich, llevó consigo a Gerberto como negociador, y por su habilidad y saber ganó de tal suerte en su favor al Papa Juan XIII, que éste llamó hacia él la atención de Otón I, y Gerberto entró al servicio del Emperador, quien le nombró Director de la escuela Catedral de Reims. El emperador Otón II le hizo abad del monasterio de Bobbio, mas por dificultades internas, Gerberto volvió a Reims donde se dedicó a la labor de escritor.

Las disensiones intestinas de Francia, con motivo de la extinción de la dinastía de los Carolingios, le hicieron perder la sede de Reims, que había regido algunos años hasta que Gregorio V le nombró arzobispo de Rávena. Desde entonces fué Gerberto el más celoso promotor de la autoridad pontificia y el hombre de confianza del emperador, de suerte que, muerto Gregorio, Otón trabajó para que fuese elegido Gerberto, que tomó el nombre de *Silvestre II*.

Este humilde monje, discípulo de Attón, obispo de Ausona, como *sabio* llevó a Europa Central la cultura musulmana; explicó la Lógica de Aristóteles y Porfirio; tuvo predilecciones sobre Virgilio, Horacio y Lucano; compuso tratados eruditos, que hicieron su nombre famoso en la Edad Media, sobre Lógica, Geometría y sobre la Esfera. Los contemporáneos no podían contener su admiración y lo tuvieron por nigromante y casi embrujado. En la historia de la Filosofía representa una reacción contra las disputas demasiado sutiles de los escolásticos en la cuestión de los universales. Es gloria de Gerberto haber comprendido ya entonces la necesidad de dar a la ciencia base concreta y realista.

Como *político* representa el saber aliado con el poderío. Supo utilizar el afán de cultura helénica que sentían el emperador y su esposa para atraerlos a la, en todos conceptos superior, sabiduría cristiana; fué con sus consejos y actividad de los que más trabajaron en echar los cimientos de esta civilización europea, de que tanto nos envanecemos.

Como *obispo* gobernó tres sedes, que marcan otras tantas etapas en su vida sacerdotal. Las tres sedes empiezan con la misma letra, la R, por cuyo motivo se compuso el exámetro: *Scandit ab R., Gerbertus ad R., post Papa viget R.*

Ante una Europa, desgarrada por el odio y la guerra, el recuerdo de este hombre genial causa en el ánimo reflexivo un sentimiento de amargura por el contraste entre lo que él soñó y lo que nosotros presenciamos. Todo el ideal de Gerberto como también el del emperador eran cimentar la unidad religiosa y cultural y la fraternidad política entre todas las naciones de Europa, con el fin de lanzarse después a la guerra contra el Islam en el que veía él el enemigo principal de la civilización cristiana y occidental. Por esto se considera a Silvestre II como el iniciador de las Cruzadas.

¡Cuánto se han mudado los tiempos y el pensar de los hombres! ¡Pero como continúa luciendo y orientando el faro del Vaticano!...

Ausona, que desde el siglo XI empieza a llamarse *Vich*, con ser una ciudad humilde, tiene la gloria de haber dado a la Edad Media un verdadero sabio, salido de su escuela, Gerberto, y a la Historia Contemporánea un filósofo inmortal, hijo de la propia ciudad, Balmes.

Clemente Villegas
Rector del Seminario de Vich

Llamamiento del Papa Pío XII a los intelectuales

El llamamiento a que se refiere el epígrafe está explícito en diversos documentos pontificios de estos últimos años, e implícito en el mensaje de Navidad de 1943.

Hay en este último una angustia tal por los dolores que oprimen a la humanidad y las ideas que la desintegran, que lo que en principio semeja llamamiento de vigía, luego se hace grito de naufrago perdido en la anchura de los mares. Anchuras de mar alcanza efectivamente ese lamento que se introduce, por milagro de la catolicidad, en todos los rincones del mundo y en todas las esferas sociales. A su conjunto despierta nuestra conciencia cristiana, se remueven los sentimientos humanos, y nos sube a la garganta el eco de "¡ya vamos!", en respuesta a la voz apremiante del Padre común.

Pero no a todos afecta o debe afectar igualmente esta llamada. Ahí están para atestiguarlo las palabras del Pontífice: "No se pueden esperar ni iniciar la salvación, la renovación y una progresiva mejora, si numerosas e influyentes agrupaciones no vuelven a la recta concepción social". Y poco más adelante: "De estos grupos más influyentes y dispuestos para comprender y ponderar la atrayente belleza de las justas normas sociales pasará y entrará después en las multitudes la convicción del origen verdadero, divino y espiritual de la vida social..."

Los grupos más influyentes señalados por el Papa, para una reorganización social justa del mundo, si bien pueden serlo de algún modo los grandes capitalistas y empresarios cuyo comportamiento influye más directamente en el obrero, con todo parece que no son ellos los llamados a darnos las fórmulas sociales, producto más bien de inteligencias sabias al servicio de la moral y de la humanidad. Esto es ya un llamamiento a los intelectuales, implícito en el mensaje navideño del año pasado.

Pero volvamos la vista más atrás. El dos de octubre de 1942, pronunciaba Su Santidad un discurso admirable —como todos los suyos— ante los miembros del XLI Congreso de la Asociación italiana para el progreso de las ciencias. De él entresacamos las siguientes palabras: "La asidua actuación de la máxima *vitam impendere vero*, la infatigable dedicación al servicio de la ciencia, la lucha por la conquista de conocimientos cada vez más perfectos, no menos que su sistemática aplicación a las cada vez mayores exigencias de la vida, no sólo material y económica, sino también ética y religiosa, forman una misión a la que las clases dirigentes en el campo científico no pueden sustraerse sin daño irreparable para el país y para el pueblo".

El Pontífice está hablando, como se deja entender, primariamente a los sabios italianos "pensadores e indagadores, inventores y constructores, literatos y filósofos, juristas y escritores", a quienes confía, en días aún distantes del catolicismo nacional, una de las mayores empresas que pueden imponerse a hombres humanos por labios divinos. "Nos tenemos plena confianza —no se sabe si canta o llora proféticamente el Papa— en que a la presente generación de cultivadores de las ciencias, hoy aquí

ante Nos tan dignamente representada, le está reservado un porvenir no lejano en el que dedicar todas las fuerzas de su entendimiento, todo el idealismo de su voluntad a que, acabada la más formidable de las guerras, en fecunda unión con los hombres honrados de todos los países, surja en el mundo un nuevo orden de justicia y de paz, extraño a todo lo que es excesivo, inicuo e injusto, un orden que también el pueblo italiano pueda saludar con alegría desde lo profundo de su fe, de su pensamiento y de su sentimiento, como corresponde a sus más gloriosas tradiciones religiosas y civiles".

He transcrito estos párrafos impregnados de patética exaltación por creer que en ellos se formula tal vez como en ningún otro el hecho mismo, y aún el recto sentido, de lo que se ha dado en denominar *llamamiento del Papa a los intelectuales*.

El hecho del llamamiento es incuestionable. Su Santidad llama porfiamente a los intelectuales, es decir, a los hombres de ciencia, a los asiduos cultivadores del saber, a los intelectos iluminados y alumbradores de alta cultura, a los pensadores, a los dirigentes de la humanidad. Que todo esto y nada más que esto viene a significar aquí el vocablo intelectual, tal vez demasiado traído, y no siempre con decoro, por nuestros prohombres de la generación del 98.

Y ahora, antes de filosofar un tanto sobre las circunstancias y motivo del llamamiento, una pregunta que tiende a florear, sin reventar del todo en nuestra mente censurada por la modestia: ¿Nos afecta también a nosotros la llamada del Papa? Sí, en cierto sentido, naturalmente. En el sentido de que sin presumir de grandes filósofos —nada más propio en todo caso que la modestia socrática del "sólo sé que no sé nada"— hemos de reconocer que Dios nos ha puesto en unas condiciones culturales y sociales que nos acercan más o menos al alcázar de la intelectualidad. Acaso algunos de nosotros, por menos intelectuales, tenemos obligación de libar la ciencia de los grandes sabios para convertirnos en maestros o consejeros de las zonas retiradas, y por tanto desconectadas, de la sabiduría pura.

Quede pues bien claro, y como premisa que forzaré en nuestra conciencia determinadas conclusiones, que el llamamiento pontificio afecta a un doble sujeto: el sabio y el profesional, el maestro y el universitario. El Papa nos llama por cualquiera de dichos títulos, y precisa atender su llamamiento.

Pero ¿hay algunas razones peculiares a favor del mismo en la actualidad?

* * *

Resulta a primera vista paradójico referirse a una crisis científica en el momento preciso en que la ciencia ha logrado rebasar fronteras tenidas hasta ahora por infranqueables y en que la vida moderna se vale de artefactos prodigiosos que pondrían admiración a los mayores sabios del mundo antiguo. ¡Cuántos quisieran hoy que

la ciencia no hubiera progresado tanto, víctimas de la ciencia misma! Pero es que a fuerza de querer saberlo todo el hombre de ciencia ha llegado a conclusiones contradictorias y ha visto sujeto su vuelo por las mallas de sus propias elucubraciones. La teoría de la relatividad ha puesto en entredicho verdades tan averiguadas como el heliocentrismo de Galileo. "El siglo terminaba—ha escrito De Broglie— iluminado por la esperanza de una síntesis próxima y completa de toda la Física"—. Y esas esperanzas han quedado defraudadas.

Acaso más acusada y demoleadora es la crisis filosófica por la que periclita la existencia misma de la verdad. El relativismo es en Filosofía más viejo que en Ciencia, y representa sólo una forma del aún más viejo escepticismo. Algunos pensadores de nuestro tiempo han comprendido lo insostenible de un relativismo individualista que trasplantara al terreno científico el banderín religioso del "libre examen", y optaron por un relativismo colectivo como el de Oswald Spengler, que propugna un concepto de verdad válido para una época, un pueblo o una cultura. ¡Triste destino el de una verdad condenada a vivir de precario en la Historia, siempre dispuesta a ser desplazada por un clima o una política!

Mucho más consecuente, aunque no menos falso y peligroso, resulta el escepticismo metafísico de un Hume o un Kant, por ejemplo. Sin embargo, ninguna forma de escepticismo atenta más gravemente contra la verdad que esa doctrina de origen norteamericano, y que se conoce generalmente con el nombre de pragmatismo.

El pragmatismo sólo se interesa por la verdad, en cuanto ésta se traduce en vida, mejoras sociales o económicas, confort. Mas sólo es verdadero lo que sirve para algo o resuelve algo en la vida. ¿Podría llegarse a mayor prostitución de la diosa verdad? ¿Cómo se conoce que William James y Vaihinger no han padecido la durísima verdad de una guerra, tan poco propicia a mejorar las condiciones humanas!

A la crisis científico-filosófica hay que añadir, para completar el cuadro, la crisis religiosa implícita en la anterior y consecuencia de la antigua desmembración espiritual de la Cristiandad, del amoralismo actual de las conciencias y de la creación de nuevos mitos, en sustitución de los auténticos principios religiosos.

Frente por frente de esta triple crisis científico-filosófica-religiosa, se alza la figura del Papa reinante como una silueta de espiritualidad, como un baluarte de continuidad histórica, y su voz prefiere adquirir dulzuras de llamada pastoral a enronquecer con anatemas apocalípticos. Por eso llama a los sabios, porque ellos pueden ayudar excepcionalmente a la gran empresa de Cristo.

No olvidemos que Dios ha dejado en definitiva al libre arbitrio del hombre la solución de su propio destino, que cada persona ha de salvarse por sí misma y que las ideas puestas en circulación por los pensadores tienen una influencia decisiva en la marcha de los pueblos. Las ideas hacen muchas veces la conducta individual. Las ideas mandan a la corta o a la larga.

¿Podría acaso entenderse la Revolución Francesa sin Rousseau, el liberalismo económico sin Adam Smith, el pangermanismo sin Hegel, o el comunismo sin Carlos Marx? Hacen falta por consiguiente creadores de antidotos, forjadores de principios y teorías enraizadas en la verdad, que estrechen el cauce de la vida humana no dejándolo desbordarse a los campos del error.

Ya no extrañaremos la insistencia del Santo Padre en reclamar la colaboración de los intelectuales para tan penosa como inaplazable labor. Réstanos tan sólo escuchar sus consignas y ponderarlas por menudo.

* * *

Y antes que nada salgamos al paso a una objeción o

prejuicio más bien —moneda corriente entre los sabios— según el cual la ciencia profana nada tiene que ver con la religiosa. En audiencia concedida el 12 de octubre de 1942 a los miembros del congreso internacional de Matemáticos resonaba la voz del Santo Padre con acentos de llamada, alegando los títulos excepcionales de la Iglesia para provocar el acercamiento científico a la fe. Las célebres pinturas rafaelinas de "La Escuela de Atenas" y de "La Disputa del Santísimo Sacramento" que adornan las estancias vaticanas, varias veces aludidas por el Papa, son un símbolo de la preocupación pontificia por la cultura y al propio tiempo de la armonía entre la fe y la razón.

"La ciencia sagrada —decía en esta ocasión— que al servicio de la fe se abisma en los misterios de la divinidad y en el plan divino de la salvación, y la ciencia profana que lucha sin descanso por un conocimiento cada vez más amplio de las cosas creadas, no son enemigas sino hermanas. La más elevada nobleza de una de ellas determinada por el fin que le es propio, que se eleva sobre la naturaleza, no disminuye la grandeza, la importancia, la necesidad, los méritos de la otra, que estudia y conquista en el universo la obra del Creador".

Aquella genial solución de Santo Tomás de Aquino al arduo problema de las relaciones entre la razón y la fe, a si se quiere, entre la Filosofía y la Teología, resolviéndolo como armonía, con ordenación y en este sentido servidumbre, de la primera a la segunda, ha adquirido en el pensar de la catolicidad volumen de dogma filosófico. Su Santidad acaba de confirmarlo.

Dentro de este criterio de armonía científico-religiosa, se desarrollan dos bellísimos discursos pronunciados por Pío XII, en la inauguración de curso de la Academia Pontificia de Ciencias, los años 1941 y 1942.

Yo me permito recomendar con ahínco su lectura atenta y si puede ser su meditación reposada.

En su defecto vamos a espigar ahora algunos pensamientos centrales siempre con la mira puesta en nuestro objeto.

El discurso del 41 es un magnífico himno de alabanza a la Sabiduría divina que hizo tan maravillosamente al hombre sujeto capaz de conocer los arcanos del universo y de elevarse por ellos a Dios. Hay párrafos que ni pueden olvidarse, ni mutilarse lo más mínimo sin mengua de su profundidad y belleza.

"A El se elevan nuestros pensamientos, y también nuestro corazón en esta aula de las ciencias; porque aquel Dios que dirige el universo, el curso de los tiempos y los hechos alegres o tristes de los pueblos, es también el Señor Dios de la Sabiduría: *Deus scientiarum Dominus* (1 Reg. 2, 3). Su sabiduría infinita le hace Maestro del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres: en El, Creador del Universo, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (cfr. 6 Colos. 2, 3). En El está la inefable ciencia de sí mismo y de la infinita imitabilidad de su vida y belleza; en El, la ciencia del nacer y del renacer, de la gracia y de la salud; en El, los arquetipos de las admirables danzas de los planetas, que dan vueltas alrededor del sol, de los soles en las constelaciones, de las constelaciones en el laberinto del firmamento, hasta las últimas orillas del piélago del universo".

Nada más grandilocuente y nada tampoco más humanamente aproximado a la realidad que esta síntesis de la ciencia divina que sabe todo, y puede, conforme a su saber sin limitación alguna. A Dios, Señor de todas las ciencias, a Dios, fuente de toda sabiduría y sol de toda verdad debe el hombre de ciencia su gota y chispa de sabiduría. Acérquese, pues, el sabio a Dios por serlo y para serlo más.

Pero, ¿tiene el hombre más categoría que la de un átomo perdido en el macrocosmos?

El Pontífice encuentra en el hombre, aun después de su caída, dos excelencias por las que se empina sobre todo

lo creado, hasta asomarse al mundo de la divinidad: "El entendimiento, cuyo ojo se extiende por el universo creado, que atraviesa los cielos deseoso de contemplar a Dios; y la voluntad dotada de libre albedrío, sierva y señora del intelecto, que en diverso grado nos hace dueños de nuestros pensamientos y de nuestra obra ante nosotros mismos, ante los demás y ante Dios".

Sobre estos dos quicios gira toda la grandeza humana. Merced al entendimiento el hombre reconoce a su autor en el orden del universo, y merced a la voluntad se ordena a sí mismo para no desentonar en la armonía universal.

"¿Está mudo ante vosotros acaso el universo? — increpa el Papa a los sabios— ¿No tiene nada que decirnos para apagar la profunda tendencia de vuestro intelecto hacia una síntesis que responda al orden de lo creado? Lo más digno de consideración en el universo es la disposición del orden que todo lo distingue y une, lo enlaza y concatena, en las varias partes y en las diversas naturalezas... ¿Qué es pues esto sino la demostración más evidente que hace el mundo de tener dentro de sí la mano de aquel Maestro, invisible en sí mismo, pero manifiesto en su obra, que es el Dios de toda sabiduría, ordenador del universo con arte suma?" Y hace suyas Pío XII las célebres palabras de Aristóteles: "El universo no puede ser mal gobernado; no es bueno el mando ejercido por muchos; debe ser uno solo el que mande" (Meth. L. XI, c. X, in fin).

Se reconoce con facilidad en estos conceptos el argumento que sirviéndonos como de trampolín del orden sensible salta al conocimiento de un ser superior inteligente y autor de dicho orden. Acaso sea ésta el arma que haya que esgrimir en la actualidad contra el ateísmo —no por vieja, embotada— y que adorna las panoplias de los mayores filósofos.

El sabio, pues, a ley de tal, debe ser teólogo, y consiguientemente moral y religioso. Recordemos aquel testimonio imponderable de hombre tan poco sospechoso como el inglés Francisco Bacon, Barón de Verulam, padre de la ciencia moderna, quien escribió en sus conversaciones *De atheismo* (XVI): "Es cierto que la poca filosofía inclina a los hombres al ateísmo, mientras que una ciencia superior los acerca a la religión". ¡Qué verdad tan sangrienta para los ateos y tan halagadora para nosotros!

Si reseguimos el hilo de este discurso pontificio, observamos cómo sabe el Papa introducirse —de vuelta de Dios— en el propio campo de los científicos y defender ante ellos el verdadero concepto de ley natural: "Una impresión producida por Dios que todo lo encamina al fin". Pero donde su pensamiento se mueve con agilidad y competencia admirables a través de las ciencias empíricas, es en el discurso pronunciado con ocasión y ante auditorio semejantes el año 1942.

Allí ha exclamado: "Tal orden universal vosotros lo contempláis, lo medís, lo estudiáis; no puede ni ser fruto de una necesidad ciega absoluta ni siquiera del acaso o de la fortuna: el acaso es un parto de la fantasía, la fortuna, un sueño de la humana ignorancia. En el orden vosotros buscáis una razón que lo gobierne *ab intrínseco*, un ordenamiento de la razón en un mundo que aun sin vida se mueve como si viviese y obra con designios como si intentase; en una palabra, vosotros buscáis la ley, que es precisamente un ordenamiento de la razón de quien gobierna al universo y la ha fijado en la naturaleza y en los movimientos de su instinto inconsciente".

Y entre el vocabulario técnico de electrones, materia, energía, radiaciones, acomete Pío XII con garbo de sabio y copia de citas, la fijación del verdadero concepto de ley natural, equidistante del fixismo absoluto y del relativismo probabilista.

Pero habida cuenta del estrecho margen que nos queda, abandonamos a los estudiosos este problema, en beneficio de otro más relacionado con ideas vertidas anterior-

mente. Me refiero a la refutación que hace el Papa del fenomenismo, una de las doctrinas en que más apoyo encuentra el escepticismo actual conocido con el nombre de relativismo.

Los conceptos del Pontífice son tan acertados y la dicción tan expresiva, que no se me perdonaría el escamoteo de uno de sus párrafos más brillantes.

"Pero no os dejéis deslumbrar como aquellos filósofos y científicos que estimaron que nuestras facultades cognitivas no conocen sino los propios cambios y sensaciones de modo que se vieron obligados a decir que nuestro entendimiento llegaba a tener ciencia únicamente de las semejanzas recibidas de las cosas, no siendo las cosas mismas objeto de nuestra ciencia y de las leyes que formulamos respecto a la naturaleza. ¡Manifiesto error! ¿No son acaso las cosas mismas lo que vosotros buscáis y de lo que habla, razona y discute nuestra ciencia? ¿Os hablamos a vosotros mismos, o a las imágenes que se forman en nuestros ojos al veros aquí presentes? Porque si lo que vosotros buscáis y conocéis fuesen solamente las imágenes de vuestras sensaciones se seguiría de ahí que toda vuestras ciencias físicas, desde las estrellas hasta el átomo, desde el sol hasta la lámpara eléctrica, desde los minerales a los cedros del Líbano, desde los microbios al hombre y a los medicamentos para sus enfermedades, no tratarían de las cosas que están fuera de vuestra alma, sino únicamente de aquellas semejanzas inteligibles que también soñando contempláis dentro de vuestra alma... No, la ciencia no es de los sueños ni de las semejanzas de las cosas, sino de las cosas mismas a través del medio de las imágenes que de ellas recogemos".

Huelga todo comentario, y apenas me atrevo a balbucir que Su Santidad ha vindicado los fueros de la verdad, de la que todos los hombres honrados y conscientes nos debemos proclamar acérrimos defensores.

Hasta aquí han sido las palabras pontificias más bien estrellas que iluminan las inteligencias que soles que calientan los ánimos. No olvidemos el auditorio de cardenales, diplomáticos y personalidades científicas que rodea su cátedra. De ahí su tono didáctico que sólo en los párrafos finales se enciende con vivas recomendaciones. Casi no ha lugar el plural, porque las circunstancias presentes imponen una sola recomendación: Amor, caridad.

* * *

Un afán persuasivo semejante ambiente por completo la alocución de Su Santidad a los universitarios de la Acción Católica italiana, en 26 de abril de 1941. En ella vibró ya un acento de llamada, y no es posible escucharla sin estremecerse de arrepentimiento y promesas ante los argumentos y mandatos pontificios. ¡Qué responsabilidad la nuestra! Pío XII afirma paladinamente que los que recibieron una formación universitaria son el cerebro en la vida de un pueblo. Y nadie nos libra de esta verdad, por exigua que juzguemos nuestra ciencia.

Se duele el Papa con razón de que en las universidades actuales, herederas de aquellas universidades eclesiásticas del Medioevo, luz de de la Cristiandad, "se alzan las tinieblas que son una de las causas principales de la falta de moral en que se debate hoy día el mundo". Hay que volver ante todo a aquella compenetración medieval de la ciencia y la fe, "la alta ciencia universitaria — como dice Su Santidad — y la luz revelada por Cristo".

Para ello precisamente se dirige el Papa a "los que frecuentan o han frecuentado las aulas universitarias" y les conmina en primer lugar — nos conmina — a equilibrar el bagaje de conocimientos científicos profanos con el de la ciencia religiosa, no sea que empiece por peligrar nuestra fe, por no disponer, en el terreno de la religión, de armas conceptuales para destruir las dificultades que, partiendo tal vez del campo de nuestra especialidad pongan a

prueba, cuando no arruinen por completo, el castillo dogmático que levantamos de pequeños.

Ni sólo hemos de contentarnos con una extensa y bien fundada cultura religiosa. A la teoría debe seguir la práctica, a la vida intelectual la vida moral, que es más propia y trascendentalmente vida. Si una mera ciencia profana obliga a una conducta honrada, toda vez que el sabio está investido de un cierto sacerdocio en el templo de la verdad, ¿cuánto más la teología o ciencia de Dios?

Pocas veces aparece el estilo pontificio tan apremiante y celoso de encender en deseos y obras de apostolado a los intelectuales católicos. Reconoce que la empresa es ardua y difícil, pero cuenta con la gracia de Dios y con las virtudes nuestras. Al menos no podremos alegar la disculpa de la ignorancia.

El mismo Papa nos da una primera lección que es como el espaldarazo de caballeros de la cultura, o las consignas del estratega antes de lanzarnos al combate. Es la lección de la caridad, la misma de Cristo, Maestro de maestros, que no ha olvidado, no puede olvidar su Vicario, porque, al decir de San Pablo, antes pasará la ciencia que la caridad. Una caridad cimentada en la humildad, tanto mayor cuanto que la vocación universitaria — y aun toda vocación profesional culta que se encamina a orientar y dirigir a los demás — obliga en primer lugar a no despreciarlos por modestos que sean, para poder sinceramente amarlos.

Esta lección, síntesis del cristianismo, es la única bandera que enarbola el Jefe Supremo de la Cristiandad, en la hora más tremenda que ha conocido el mundo, tal vez desde los días de San Agustín.

* * *

No es del todo fortuita esta alusión al genial de Hipona. Su Santidad lo cita nada menos que tres veces en esta alocución que acabamos de comentar, como ejemplo alocucionador de un intelectual que atiende al llamamiento divino.

Muy tentadora es la sugerencia de Pío XII para no trazar ante vosotros en cuatro rasgos el camino espiritual de Agustín. Es acaso la figura a la que más cariño y espacio he dedicado en mis preocupaciones filosóficas.

En la vida de San Agustín pueden distinguirse claramente tres momentos — no diré estelares para no remedar el título de cierto libro muy en boga — que jalonan el camino de su vuelta a Dios: la juventud turbulenta, la crisis treintañera y la madurez fecunda. ¡Qué interesantes los episodios que esmaltan esa triple fase, bebidos en la intimidad de sus Confesiones! Pero aun más interesantes resulta descubrir a través de ellos la propia personalidad de Agustín, determinada por un sentido moral, filosófico y teológico, implicándose mutuamente estos aspectos, aunque con diverso predominio de cada uno de ellos en las diversas fases de su vida.

Aquel “quería amar y buscaba un objeto de mi amor, contentándome simplemente con amar” (1), requema su adolescencia y le lleva brujuleando, en inquietud angustiosa, de uno a otro amor, hasta anclar en el amor de la verdad que es Dios.

Ejemplo magistral de moderno universitario, zanzaneado por esa lucha moral en la que hay victorias pero también derrotas — las hubo en Agustín — y quiera Dios que no definitivas.

A San Agustín le ha salvado el amor sincero y pasional de la Verdad: “¡Oh verdad, verdad — exclamaba — cuán íntimamente aun entonces te deseaba mi alma!” (2). Hubo de sufrir las torturas de la duda, pero de ellas salió por fortuna la más genial refutación del escepticismo:

“Todo aquel que se entiende a sí mismo, entiende una verdad y está cierto de esto que entiende” (3). Entonces, rotas ya las amarras escépticas, se lanza velas al viento a la búsqueda de la verdad, por los mares de la filosofía. Ni el maniqueísmo ni el estoicismo, ni el neoplatonismo, satisfacen sus aspiraciones científicas. En todas esas doctrinas encuentra jirones de verdad.

Pero ¿la verdad misma? Aquí se produce la crisis filosófica que se resuelve junto con la crisis moral en el hallazgo de Dios y de la propia personalidad teológica definitiva, en la plenitud vital de sus treinta años, la edad de las grandes conversiones.

“El verdadero filósofo es amador de Dios” (4), ha exclamado Agustín en la cumbre del camino, y ya no aspira más que a conocer a Dios y el alma. “¿Nada más? — se pregunta a sí mismo en los soliloquios — ¡Nada absolutamente!” (5).

Aquí llegó tras fatigosas jornadas. Comenzó por preguntar a todas las criaturas — tierra, mar, cielo y abismos — por aquello que llene su amor insatisfecho. “No somos nosotras, dicen, el Dios que buscas... El fué quien nos hizo. Mi pregunta — comenta el santo — era mi contemplación, la respuesta de ellas su hermosura” (6).

Entonces, ante la repulsa de las cosas Agustín vuelve a su interior y se pregunta: “Y tú ¿qué eres?” “Buscando — afirma en las Confesiones — por qué razón aprobaba la hermosura de los cuerpos, celestes o terrestres... dí con la inmutable y eterna verdad que está sobre mi espíritu mudable” (7). Con razón escribirá en otro lugar que la verdad habita en lo más íntimo del hombre (8). Estamos inmersos y empapados en la verdad. Dios la ha puesto al alcance de nuestra inteligencia y ciegos seremos si no la descubrimos. ¡Hay con todo, tantas cegueras intelectuales! Y ¡tantas volitivas! Porque la voluntad suple en última instancia la pequeñez y cortedad de nuestras pupilas. “Si no puedes entender — escribe en un sermón el hiponense — cree para que entiendas (*crede ut intelligas*), precede la fe, sigue el intelecto” (9).

Por eso el sabio creyente es más sabio que el incrédulo, toda vez que lo es por el doble concepto de sabio y de creyente. ¡Ah! Y qué sabor de actualidad pontificia tiene aquel himno agustiniano a la paz de la Ciudad de Dios, en que se canta el orden individual, familiar, social y universal, tarea primaria y urgente de la intelectualidad:

“La paz del cuerpo es la ordenada disposición de los miembros. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad entre el entendimiento y la voluntad. La paz del cuerpo y del alma, la vida armónica y la salud del viviente. La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obediencia en la fe, bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz en la casa, la uniformidad que tienen en mandar y obedecer los que viven juntos. La paz en la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos en manda y obedecer. La paz de la Ciudad celestial es la ordenadísima sociedad establecida para gozar de Dios y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, las tranquilidad del orden, y el orden es una disposición de cosas iguales y desiguales que da a cada una su propio lugar” (10).

Luis Rey Altuna.

(3) *De ver. rel. c. XXXIX, n. 73*

(4) *De civ. Dei. VIII, 1*

(5) *Soliloq. I, c. II, n. 7*

(6) *Confes. X, 6*

(7) *Confes. VII, 17*

(8) *De vera rel. c. XXXIX, n. 72*

(9) *Sermones, CXVIII, 1*

(10) *De civ. Dei, XIX, c. XIII, n. 1*

(1) *Confes. III, 1*

(2) *Confes. III, 4*

Texto latino y versiones castellana y catalana del Himno XII del Cathemerinon de Prudencio

Por J. FLORIT y COSTA LLOBERA, respectivamente



Los que buskais a Cristo
al cielo alzaad los ojos
y allí vereis un simbolo
de gloria sempiterna.
Estrella es que en belleza
del sol el disco vence
y nuncia es de que vino
Dios a la tierra hecho hombre.
No luce por las noches
tras de la Luna; es sóla
dueña del cielo y rige
el curso de los días.
Las osas no se ponen
en sí misma girando,
pero quedan ocultas
a veces por las nubes:
ésta nunca declina
y eterna permanece
y a su luz no la oculta
el paso de una nube.
El cometa funesto
huya y si alguna estrella
por el calor de Sirio
se inflama, derrotada
por el fulgor de Cristo
perezca destruída.
Desde el rincón del mundo,
donde el sol toma origen,
los Magos reconocen
el real estandarte:
a su brillo retíranse
las estrellas; ni Lucifer
a comparar se atreve
con aquel su hermosa.
"Quien es, dicen, ese astro
que a los otros impera,
a quien temen los cielos,
la luz y el aire sirven?"



Quicumque Cristum quaeritis,
oculos in altum tollite:
illic licebit visere
signum perennis gloriae.
Haec stella, quae solis rotam
vincit decore ac lumine,
venisse terris nuntiat
cum carne terrestri Deum.
Non illa servit noctibus,
secuta lunam menstruam,
sed sola caelum possidens
cursum dierum temperat.
Arctoa quamvis sidera,
in se retortis motibus,
obire nolint, attamen
plerumque sub nimbis latent.
Hoc sidus aeternum manet,
haec stella numquam mergitur
nec nubis occursu abdita
obumbrat aductam facem.
Tristis cometa intercidat,
et si quod astrum Sirio
fervet vapore, jam Dei
sub luce destructum cadat.
En Persici ex orbis sinu,
sol unde sumit januam,
cernunt periti interpretes
regale vexillum Magi.
Quod ut refulsit, caeteri
cessere signorum globi:
nec pulcher est ausus suam
conferre formam Lucifer.
"Quis iste tantus, inquit,
regnator, astris imperans,
quem sic tremunt caelestia,
cui lux et aethra serviunt?"



Tots quants a Crist anar volèu
alçau els ulls al cel astral:
serà llegut que hi contemplèu
d'eterna gloria la senyal.
L'estel qui dexa'l sol vençut
per la bellesa del brill seu
diu qu'a les terres es vingut
en carn humana tot un Deu.
No fa tal astre per la nit
cort a la lluna variant;
mes tot el cel ha presidit,
el curs dels dies ordenant.
Si'ls globes àrtichs, vers el pol
girant, no's volen pondre may,
no obstant de núvols per l'estol
sovint s'oculten al espay.
Aqueix estel es més segur:
ell no's pon may ni sumergeix,
ni may darrera un nimbe obscur
sa pura flama s'encobreix.
Fugi'l cometa nunci trist;
y tot estel qui ab la faror
de Sirius crema, ja de Crist
cayga vençut per l'espandor!
Al fons de Persia, allà hont té
el sol ixent l'august portal,
perits astròlechs han vist bé
el nou estel, penó reyall.
Tantost brillà marvellós,
els demés astres va enfosquir:
ni l'estel d'aua tan formós
ab ell gosava competir.
Y'ls Sabis deyen: "¿Quí es aqueix
Rey sobre'ls astres imperant,
qu'així'l proclama'l cel mateix
y'l serveix l'èter tremolant?"

Miramos algo ilustre
que no conoce término,
sublime, excelso, antiguo
más que el cielo y el caos.

El rey es de las gentes
y del pueblo judío,
prometido a Abraham
y a los suyos por siempre;
aquel que a su unigénito
inmolar no dudaba,
aquel padre primero
de los fieles, que supo
que tantos como estrellas
serían sus descendientes.

De la raíz de Jesse
se abre la flor davidica:
su tallo florecido
cetro es que rige el mundo.”

Van siguiendo los Magos,
en el cielo los ojos,
el surco que la estrella
de luz había dejado:
mas quédase parada
sobre el Niño y abájase
y con su luz descubre
la sagrada cabeza.

Al ver ésto los Magos
sus regalos le ofrecen,
postrados de rodillas,
incienso, mirra y oro:

“Reconoce—le dicen—
de tu poder los signos,
oh Niño, a quien el Padre
esencia triple ha dado:

Por rey y Dios te anuncian
el oro y el incienso:
y la mirra es presagio
del sepulcro, en que un día
Dios dejando extinguirse
su cuerpo, de la muerte
quebrantará la cárcel,
tornándolo a la vida.

Oh mayor que ninguna
de las grandes ciudades,
tu, Belén, que encarnado
engendraste al caudillo
de la vida; heredero
del Padre, Dios y hombre
por obra del Espíritu
Santo, a quien los Profetas
testifican que el Padre
mandó regir el reino
que abraza lo creado,
el cielo, el mar, la tierra,
del oriente al ocaso
y el infierno y la gloria.

Oye el tirano inquieto
que viene un rey de reyes
a regir a Israel
y de David el trono;
y fuera de sí exclama:
“Un sucesor nos echa:
id soldados, las cunas
anegadlas en sangre.
Todo varón perezca
y que su sangre tiña
la espada entre los pechos
de sus madres, que deben
ser todas vigiladas,

Illustre quiddam cernimus,
quod nesciat finem pati,
sublime, celsum, interminum,
antiquius caelo et chao.

Hic ille rex est gentium
populique rex judaici,
promissus Abrahae patri
eiusque in aevum semini.
Aequanda nam stellis sua
cognovit olim germina
primus sator credentium,
nati inmolator unici.

Jam flos subit Davidicus,
radice Jesse editus
sceptrique per virgam virens
rerum cacumen occupat.”

Exin sequuntur perciti
fixis in altum vultibus,
qua stella sulcum traxerat,
claramque signabat viam.

Sed verticem pueri supra
signum pependit imminens
pronaque submissum face
caput sacratum prodidit.

Videre quod postquam Magi.
eo a promunt munera
stratique votis offerunt
thus, myrram et aurum regium.

“Agnosce clara insignia
virtutis, ac regni tui,
puer o, cui trinam Pater
praedestinavit indolem,
regemque deumque adnuntiant
thensaurus et fragrans odor
turis Sabaei, at myrreus
pulvis sepulcrum praedocet.

Hoc est sepulcrum, quo deus,
dum corpus extingui sinit
atque id sepultum suscitavit,
mortis refregit carcerem.

O sola magnarum urbium
major Bethlem: cui contigit
ducem salutis coelitus
incorporatum gignere!

Altrice te, summo Patri
haeres creatur unicus
homo ex Tonantis Spiritu
idemque sub membris Deus.

Hunc et prophetis testibus.
iisdemque signatoribus
testator et sator jubet
adire regnum et cernere.
Regnum, quod ambit omnia,
día et marina et terrea,
a solis ortu ad exitum,
et tartara et coelum supra.

Audit tyrannus anxius,
adesse regnum principem:
Qui nomen Israel regat,
teneatque David regiam.

Exclamat ament nuntio:
“Successor instat, pellimur:
satelles, i, ferrum rape,
perfunde cunas sanguine.
Mas omnis infans occidat,
scrutare nutricum sinus,
interque materna ubera
ensem cruentet pusio.

Suspecta per Bethlem mihi
puerperarum est omnium

“Quelcom esplèndit y divi
hem vist en l'astre d'Israel,
sublim, excels y sense fi,
més vell que'l caos y que'l cel”.

“De tots els pobles el Rey es,
Rey dels hebrèus anunciat,
qui a N'Abraham ja fou promès
y a sa fidel posteritat”.

“Car el gran Pare dels creyents,
inmolador del fill volgut,
ja conegué sos descendents
com els estels en multitud...”

“La flor ja munta de David
que de Jessè la rel brostà,
y's torna ceptre'l tany florit
qui l'univers dominarà”.

Diuen; y enllà, mirant al cel,
els Reys seguexen ab frissor
vers hont l'estel ab solch fidel
camí senyava de claror...

Damunt l'estatge del Infant
s'es aturat l'estel per fi,
y'l raig submís tot abaxant,
els assenyala'l cap diví.

L'han vist els Reys; y un triple dó
trayent de pompa oriental,
postrats, ofreren al Nadó
encens y mirra y or reyal.

¡Ah! reconèix el signe extern
de ton poder y honor diví,
Infant, al qual el Pare Etern
ha senyalat triple destí.

Qu'ets rey declara l'or costós,
l'encens fragant te mostra Deu,
y de la mirra'l grà amargós
prediu la tomba pel còs teu.

Car al sepucure dexarà
que son còs posin el Deu fort,
y del mateix resurgirà
rompent els vincles de la mort.

Oh breu Bethlèm, prou ets major
que les grans urbs, essente dat
qu'en tu nasqués el Salvador
per obra cèlica encarnat!

Tu l'Herèu únich has nodrit
qui es fill del Pare sobirà,
ver home fet del Esperit
diví, y ver Deu en còs humà.

Per testimonis al futur
els sant profetes l'han signat,
y'l Pare ordena que, home obscur,
al regne en gloria sia alçat.

Regne qu'inclou tot lo existent:
l'espai, la mar, la terra, el món,
des de llevant fins a ponent,
del cel empir fins al pregon.

.....
Sent ab alarma'l rey crudel
qu'un Rey de reys ara es exit,
qui ha de regnar sobre Israel
tenint el soli de David...

Foll al anunci, exclama ell:
“Ve'l successor; seré expulsat...
Sicari, vés, prèn el coltell;
tot bres en sanch sia regat!”

“Tot infant mascle ha de morir:
registra'ls pits criant nadó,
y entr'ells, no dubtis en tenyir
l'espasa en sanch del infantó”.

“Cada partera de Bethlèm
m'es sospitosa d'un engany:

para que no substraigan
su masculina prole.”
Y el verdugo atraviesa
cuerpos recién nacidos
con su espada, buscando
vidas nuevas: a penas
si en tan menudos miembros
halla do herir, que el arma
es más grande que el cuello
del inocente. ¡Oh bárbaro
espectáculo! Contra
las rocas estrellados
se esparcen sus cerebros
y vomitan los ojos por la herida:
o palpitantes hundenlos
en agua y de sus bocas
la vida escapa lenta.
¡Os salve Dios, primicias
de los primeros mártires.
De la vida en el alba
os llevó el enemigo
de Cristo, como a flores
que se abren, un viento
de tormenta: vosotros
su víctima primera,
grey tierna de inmolados,
ante el ara inocentes
con las palmas jugais y las coronas.

De qué sirvió este crimen
a Herodes? Cristo sólo
salvado fué entre tantos
que, de su mismo tiempo,
la muerte recibieron.
Al hierro que a las madres
privaba de sus hijos
el fruto de una virgen
pudo engañar. Ya antes
del Faraón las órdenes
Moisés burló, que era
de Cristo prefigura
y guía de los suyos.
No podían las madres
conservar a sus hijos,
que nacieran varones:
así estaba ordenado.
Mas la piedad enérgica
de aquella que alumbraba,
firme contra el tirano,
protege a aquel infante,
poderosa esperanza
de gloria, que la ley
de Dios transmitiría,
fija en las pétreas tablas,
hecho levita suyo.
Reconocer a Cristo
de Moisés en la imagen
¿será posible? Muerto
el Faraón, a Israel
aquel del yugo arranca:
éste, en cambio, a nosotros,
del grave error esclavos,
nos libra de la muerte,
venciendo al Enemigo.
Salvado de las olas
en el marino tránsito
su pueblo purifica
Moisés en dulces aguas,
a quien de fuego guía
una columna; él mismo,
mientras su pueblo lucha,

fraus, nequa furtim subtrahat
prolem virilis indolis.
Transfigit ergo carnifex,
mucrone districto furens,
effusa nuper corpora
animasque rimatur novas.
Locum minutis artubus
Vix interemptor invenit,
Quo plaga descendat patens
Jugoloque major pugio est.
O barbarum spectaculum!
Illisa cervix cautibus
spargit cerebrum lacteum,
oculosque per vulnus vomit.
Aut in profundum palpitans
mersatur infans gurgitem,
cui subter arctis faucibus
singultat unda, et halitus.
Salvete, flores martyrum,
quos lucis ipso in limine
Christi insecutor sustulit,
ceu turbo nascentes rosas
vos, prima Christi victima,
grex immolatorum tener,
aram ante ipsam simplices
palma, et coronis luditis.
Quid proficit tantum nefas?
Quid crimen Herodem juvat?
Unus tot inter funera
impune Christus tollitur,
inter coævi sanguinis
fluenta solus integer:
ferrum, quod orbabat nurus,
partus fefellit virginis.
Sic stulta Pharaonis mali
edicta quondam fugerat,
Christi figuram præferens
Moses, receptor civium.
Cautum, et statutum jus erat,
quo non liceret matribus,
cum pondus alvi absolvent,
puerile pignus tollere.
Mens obstetricis sedulæ,
pie in tyrannum contumax,
ad spem potentis gloriæ
furata servat parvulum.
Quem mox sacerdotem sibi
assumpsit orbis conditor,
per quem notatam saxeis
legem tabellis traderet.
Licetne Christum noscere
tanti per exemplum viri?
Dux ille, cæso Ægyptio,
absolvit Israel jugo.
At nos, subactos jugiter
erroris imperio gravi,
dux noster, hoste saucio,
mortis tenebris liberat.
Hic expiatam fluctibus
plebem marino in transitu
repurgat undis dulcibus,
lucis columnam præ ferens.
Hic præliante exercitu,

qu'ocult sustrega no dexèm
cap infant mascle per mon dany”.
Llavors botxins de vil ferum
el ferro empunyen, traspasant
cossets hà poch donats a llum
y vides noves arrancant.
Apenes troba'l matador
pels menuts membres delicats
lloch hont fer presa, y es major
l'arma que'l coll dels degollats.
¡Oh l'espectacle barbre aquell!..
Algun capet, contra'ls esculls
tirat, escampa'l blanch cervell
y per son trench vomita'ls ulls.
O palpitant qualche nadó
precipitat dins un gorch plè,
allà, ab estreta opressió,
singlota en l'aygua'l breu halè.
¡Oh flors del màrtirs que'l tirà,
ja de vostra auba en els moments,
per odi a Crist exterminà,
com sega'l torb roses naxents!
Primeres víctimes del Fill,
chor d'inmolats tendre y suau,
sots l'ara excelsa en jòch senzill
palma y coronas agitau..
¿De què aprofita horror tan fort?
¿Què'n treu Herodes de tal crim?
Unich, en mig de tanta mort,
escapa ilès l'Infant sublim.
Entre'ls corrents de tanta sanch
igualmente tendre, sols el Fruyt
de Verge en flor burlà l'alfanch
qu'en tantes mares feya buyt.
Axí Moisés, llibertador
dels séus, el Crist prefigurant,
s'era sustret a Faraó,
ses ordres bàrbares burlant.
Vigent estava lley crudel,
qu'en infantar no fos llegut
entre les dones d'Israel
servar en vida cap menut.
Una comare diligent
ab maternal rebelió,
per un destí sobreminent,
servà robat aquell nadó.
Y aquell tot just fou l'escollit
de Deu mateix a son servey,
per entregarli, en pedra escrit,
el sant Decàlech de la Lley.
¿No serà Crist reconegut
en tal varó qui imatge'n fou?
Moisés, l'Egipcí havent retut,
tot Israel jurá del jou.
Axí a nosaltres, subjugats
del greu error, nostre Duch fort,
vençut l'infern, ens ha salvats
de les tenebres de la mort.
Moisés son poble conduhí
per el Mar Roig a salvament,
y ab aygua dolça'l favorí,
com el guià ab columna ardent.
Y mentre l'host après lluytà,

extendidos los brazos
 como una cruz, a Amalech
 derrota. Mas fué Cristo
 SALVADOR verdadero
 que tras largos peligros
 vencedor dió a su pueblo
 la tierra prometida.
 En el lecho del río
 colocar Josué ordena
 doce piedras, origen
 de los doce apóstoles.
 Y por eso los Magos
 aseguran que vieron
 de Israel al caudillo:
 pues fijaron las gestas
 de los primeros jefes
 de Cristo la figura,
 rey de los primitivos
 jueces que gobernaron
 de Jacob el linaje,
 de la Iglesia y del culto
 antiguo y nuevo rey.
 De Ephraim los hijos
 tributan culto a Cristo,
 las doce tribus y la
 santa Manasse. Incluso
 la estirpe, que practica
 un falso culto y forja
 en hornos abrasados
 los ídolos, adórale,
 y abandonando aquellos
 que de metal hiciera,
 de leño o piedra, a Cristo
 sigue: por eso todos
 oh pueblos! alegraos
 Judea, Roma, Grecia,
 Egipto, Persia, Tracia,
 que un rey solo os gobierna:
 alabadle que nadie
 feliz o desgraciado,
 enfermo, vivo o muerto,
 ya desde ahora muere!

pansis in altum brachiis,
 sublimis Amalech premit,
 crucis quod instar tunc fuit.

Hic nempe Jesus verior,
 qui longa post dispendia
 victor suis tribulibus
 promissa solvit jugera:

Qui ter quaternas denique
 refluentis amnis alveo
 fundavit, et fixit petras,
 Apostolorum stemmata.

Jure ergo se Judæ ducem
 vidisse, testantur magi,
 cum facta priscorum ducum
 Christi figuram pinxerint.

Hic rex priorum judicum,
 rexere qui Jacob genus,
 doimnae que rex Ecclesiæ,
 templi et novelli, et pristini.

Hunc posteri Ephraim colunt,
 hunc sancta Manasse domus,
 omnesque suscipiunt tribus,
 bis sena fratrum semina.

Quin et propago degener,
 ritum secuta inconditum,
 quæcunque dirum fervidis
 baal caminis coxerat:

Fumosa avorum numina.
 Saxum, metallum, stipitem,
 rasum, dolatum, sectile,
 in Christi honorem deserit.

Gaudete, quidquid gentium est,
 Judæa, Roma et Græcia,
 Ægypte, Thrax, Persa, Scythia:
 Rex unus omnes possidet.

Laudate vestrum principem,
 omnes, beati ac perditum,
 vivi, imbecilli ac mortui:
 Jam nemo posthac mortuus.

ell, braços alts, orant arrèu,
 sobre Amalech triomf li da
 fent ja axí signe de la Creu.

Nostre Jesús, més *Salvador*
 que Josuè, en penós camí,
 dóna a sos pobles, vencedor,
 les heretats que'ls adquirí.

Ell, com l'antich fill de Navé,
 de dins el llit del riu Jordà
 les dotze pedres ne tragué
 dels dotze Apòstols qu'exalçà.

Donchs els tres Reys tenen rahó
 que de Judà l'Herèu han vist,
 essent que'ls proms d'exa avió,
 foren figures ja de Crist.

Ell es l'Herèu dels qui la gent
 de vell Jacob han governat,
 Rey de l'Esglesia permanent,
 del temple nou y del passat.

Néts d'Efraim li fan tribut,
 com Manassés casal fidel,
 y en tota tribu l'han rebut
 fills d'aquells dotze d'Israel.

Fins la niçaga decadent
 qui, dada a un rite criminal,
 solia coure al forn ardent
 la fera idola de Baal,

desdenya ja en honor del Just
 els déus fumats de l'avior,
 fets de metall, de pedra ò fust
 per mans ab eynes d'esculptor.

¡Gaudíu, oh gents, quantes n'hi hà!
 hebrèus, romans y grechs arrèu,
 egipci, traci, escit, persà...
 tots a un sol Rey ja pertanyèu.

Al vostre Rey llohàulo junts,
 en la ventura ò la dissort,
 sans y malalts, vius y difunts:
 tenint el Crist, ningú hi hà mort!



UN ARTÍCULO

Por JOSÉ SELGAS

Hace muy poco tiempo que hemos celebrado la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces hablábamos del Corazón de María, la madre del Salvador. Queremos hoy presentar en estas páginas un magnífico artículo de José SELGAS, en el cual describe con maestría y ternura infinita a la madre, a cualquier madre.

¡Qué cosa tan caprichosa es el papel!

Delante de mis ojos tengo un pliego blanco como la nieve y terso como un espejo, empeñado en retratar lo que siento, lo que pienso y lo que veo.

Paseo mis miradas por su superficie, tendida a mis pensamientos como un lazo, y siento que todos los secretos de mi alma quieren salirse a un tiempo.

Nada hay más curioso que una cuartilla de papel blanco.

Es imposible tenerla delante sin estampar en ella algo de lo que pasa en nuestro interior.

¡Con qué malicia se coloca junto al tintero y próxima a la pluma! ¡Con qué tenacidad provoca nuestras confidencias!

¡Es singular!: al papel, que todo lo dice, es a quien todo se le confía.

El enemigo eterno de todo secreto, es el amigo íntimo del hombre.

Lo que acaso no depositáramos en el corazón de una madre ni en la discreción de un amigo, lo depositamos muy tranquilamente en un pedazo de papel.

El banquero le confía sus capitales.

El poeta su alma.

El filósofo todos sus pensamientos. Las mujeres su corazón.

Guttenberg, descubriendo la imprenta, no hubiera hecho gran cosa, si otro no se hubiese tomado el trabajo de descubrir el papel.

Desde el principio de las sociedades humanas se ve en el hombre el instinto de hacer papel.

Hoy el instinto se ha convertido en pasión.

Es preciso inclinarse en presencia de una observación que arroja la historia de todos los países: los grandes hombres son los que han hecho siempre más grandes papeles.

Parece que el mundo, desde sus primeros pasos, concibió la idea de ser una comedia permanente. Desde entonces cada hombre hace su papel, el papel que le toca.

Pero el punto de vista que atrae mis miradas en este momento es el papel blanco. Ese juez inexorable que

se nos pone delante, queriendo penetrar hasta el último rincón de nuestro pensamiento.

Así como la palabra se ha hecho para disfrazar los pensamientos, el papel sirve para descubrir a los hombres.

Un día se encontró Dante en presencia de unos cuantos pliegos de papel blanco. Miróse en aquel espejo, y se vió como era: aquella superficie blanca fué atrayendo poco a poco los vigorosos rasgos de su inteligencia. El papel, semejante al caos en el momento de la creación, iba llenándose sucesivamente de rayos de luz, de vapores brillantes, de formas y de colores.

Poco después llenaba el mundo la *Divina Comedia*.

¿Cuántas cabezas vacías no han descubierto los papeles públicos?

¡Extraña superficie! Todo lo refleja, hasta el vacío.

¡Cuántos poetas se han ignorado a sí mismos hasta que se han visto incitados por la presencia de un pedazo de papel blanco!

¡Cuántos sueños de talento y de sabiduría no ha desvanecido una cuartilla de papel!

¡Cuántas mujeres no firman su perdición al pie de una carta!

El papel desaparece debajo de la pluma como un camino que se anda: lo estoy observando en este momento.

Es además un espejo inflexible, que jamás nos adula.

Yo tiemblo cuando se me pone delante.

Sus amistades íntimas son la pluma y el tintero.

Casi siempre se hallan juntos.

Aquí están los tres pidiéndome a voces los secretos de mi alma.

Yo he revuelto todos los cajones de mi memoria y no tengo nada que contarles.

Sé positivamente que existe un artículo, pero no doy con él. Yo lo tengo; pero ¿dónde?

¿Hay alguien que se atreva a decirme dónde está una idea que no se haya ocurrido aún?

Me parezco en este momento a una

madre que anduviera buscando al hijo que tendrá el año que viene.

Suplico a mis lectores que borren la comparación que acabo de hacer, porque una madre no se puede comparar a nada.

Sin embargo, no hay necesidad de borrarla, porque la madre que yo he elegido para mi comparación no es madre todavía.

Todos comprenderán perfectamente que desea serlo.

¡La madre! He aquí un rincón oscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento al arcano, pero no debemos pasar del umbral del misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: "yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias" ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa; los dos tropiezan a un tiempo, y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Este no tiene madre.

El que no sienta humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan en su compañía. ¡Ah! ¡por qué los abandonan!

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer a los hombres sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la misma proporción que se va alejando de su madre.

No le pidáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ellas no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique a su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre a su hijo a la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre al más débil, al más afectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros, y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde eso brilla y se mueve es para él insondable; no sabe donde empieza ni donde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento a mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros, y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de inteligencia.

Pues bien: entre ese sabio a quien nada se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no ha ya aprendido aún más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situación para el sabio; ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender a un niño que no habla todavía.

Sólo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Sólo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo

más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomprensible sabiduría.

Pero ahora recuerdo que yo empecé buscando un artículo.

Todavía no ha parecido.

¡Singular apuro! ¿Quién me presta un artículo?

He registrado hasta el último bolsillo de mi entendimiento, y no parece.

Empiezo a sospechar que mis lectores se quedarán sin él.

Esto no sería justo, y vuelvo a empezar.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida.

Un amor hecho a prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingraticudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

Todavía debe ser algo más preciso, más científico, por decirlo así.

La razón fría nos lo explicará.

No se puede nacer sin madre: esto es evidente.

Luego la madre es una cosa de todo punto necesaria.

¡Qué rayo de luz me ilumina en este momento!

Con la razón todo se encuentra.

La madre es un artículo de primera necesidad.

Perdónenme todas las mujeres que tienen hijos; pero yo no puedo menos de exclamar con el orgullo de mi razón satisfecha: ¡La madre! He aquí el artículo.



Una Navidad

en las Catacumbas

Por el P. RUTTEN, O. P.

Poniéndome a pensar en presencia de Dios sobre lo que iba a decirnos esta tarde, me acordé de una visita que hice a las Catacumbas, donde traté de representarme una noche de Navidad durante el último período de las persecuciones romanas.

A pesar de su aparato ruidoso y agitado, a despecho de su gloria militar, simbolizada por los monumentos majestuosos que le han sobrevivido, el viejo paganismo forcejea en vano contra la nueva doctrina que va a irradiar sobre el mundo. Su influjo es semejante a la llama de una lámpara que, antes de extinguirse, falta de alimento, proyecta claridades entrecortadas, crece y disminuye una y otra vez hasta desaparecer por completo en un último esfuerzo inútil.

A la verdad el paganismo se suicida y lleva en sí el germen de su descomposición.

Al hacer de la belleza física y de la alegría terrena objeto de la vida, ha privado de la felicidad a la mayoría de los mortales, porque la belleza es don de pocos y la alegría no dura sino breves instantes. A las multitudes que levantan y derrumban los tronos, el paganismo no ha podido ofrecer más que resplandores momentáneos y efímeros. No ha sido capaz de dar sino una alegría egoísta, humillando a una infinidad de pobres que no pueden alcanzar el placer. Únicamente la doctrina que fija la alegría verdadera en el cumplimiento del deber pone la felicidad al alcance de todo el mundo.

Semejante a la bestia que se siente acosada, el paganismo se defiende con la energía de un desesperado que no conoce la piedad. Y las sombras que se deslizan en la noche hacia su oratorio subterráneo se estremecen cuando oyen a lo lejos los aullidos de las fieras puestas a dieta para que sean más feroces cuando luego se les arrojen cristianos en alimento.

Después de estar seguros de que no se les sigue, los fieles penetran en las Catacumbas por orificios cuidadosamente disimulados a los profanos. Antorchas acá y allá diseminadas, les guían con su luz rojiza hacia el santuario donde el Pontífice va a conmemorar el Nacimiento de Jesús.

En los parajes o excavaciones superpuestas se ven sarcófagos que guardan los cuerpos de los mártires; y delante de ellos está situado el altar, coronado por un crucifijo y cubierto de un mantel blanco.

Todas las clases de la sociedad se juntan en la penumbra del misterioso oratorio; no existen allí señores y esclavos, patricios y plebeyos, ciudadanos romanos y extranjeros. Allí no hay más que hijos de un mismo Padre que no tienen más que un corazón y un alma en Cristo Jesús.

Esta noche el Pontífice supremo no cede a ningún otro su derecho de presidir la ceremonia. Y he aquí que se levanta para hablar. Muchos de los mártires que duermen

detrás de él en sus féretros de piedra son los padres, los hermanos o los amigos de sus oyentes. El les ha conocido y amado a casi todos, y él fué quien con mano temblorosa trazó por última vez sobre sus cuerpos mutilados el signo de la Redención. También vive él con la esperanza de una muerte violenta de que está constantemente amenazado. Su faz demacrada, su aspecto austero y la blanca túnica que le envuelve, le dan la apariencia de un ser sobrehumano. Aquellos que escucharon a los mismos Apóstoles, hace también mucho tiempo que desaparecieron, pero en la Iglesia primitiva su recuerdo se conserva aún del todo indeleble.

El Pontífice que va a hacer uso de la palabra sabe casi de memoria, a fuerza de meditarlo, todo lo que han escrito Isaías, Mateo, Marcos, Lucas, Juan y Pablo y no tiene otro deseo que transmitir fielmente la doctrina que de ellos ha recibido en los mismos términos en que le fué enseñada. Cuando se cierran los ojos, creeríase oír a uno de los Doce atestiguar lo que él ha visto o escuchado. El anciano Pontífice habla despacio para que los fieles no pierdan una sílaba del sagrado texto al que apenas se atreve a añadir una palabra de comentario.

Amadísimos hijos míos:

La gracia de Dios Nuestro Señor se nos ha manifestado hoy para enseñarnos a renunciar la impiedad y los deseos del siglo y a vivir en la continencia, en la justicia y piedad, en espera de la bienaventuranza que se nos ha anunciado y del advenimiento glorioso de Nuestro Salvador Jesús.

El se ha entregado a Sí mismo por nosotros a fin de rescatarnos de la iniquidad, purificarnos y hacer de nosotros un pueblo agradable a sus ojos y dedicado a las buenas obras.

Hoy el pueblo que estaba sumido en las tinieblas recibió una gran luz, y unos pobres pastores fueron los primeros que la vieron. El mundo no se preocupaba de ellos más que de sus rebaños, pero tenían el corazón recto y por eso Dios los escogió.

Hoy ha nacido la Verdad en la tierra; la Justicia nos miró desde lo alto del Cielo y la Misericordia se ha inclinado hacia nosotros.

Aquellos a quienes el Señor viene a socorrer se regocijan como los sembradores contentos de sus cosechas, porque el Salvador ha roto el yugo que oprimía a su pueblo cuando era tan duro para los pobres y débiles.

Un niño nos ha nacido y será llamado Admirable, Consejero divino, Padre de los siglos venideros y Príncipe de la Paz.

Dios que ha hablado en otro tiempo a nuestros Padres por medio de los Profetas; ahora nos habla por su Hijo a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien todas han sido hechas.

Consolaos, pues, hijos del pueblo de Dios, porque su gloria os ha sido revelada. Toda carne es como la yerba y toda gloria humana, parecida a la flor de los campos. La yerba se seca y la flor se marchita; sólo la Verdad del Señor vivirá eternamente.

Señor, el día de hoy es semejante a Vos. El es también amigo de los hombres. Cada año nos visita y pasa para volver lleno de encantos. Los demás días del año reciben su belleza de éste y todas las demás fiestas le deben su esplendor. Este es el día del cual proceden todos los otros, porque Jesús era ayer, es hoy y será para siempre.

Por esto, hijos míos, muy amados en el Señor, démosle gracias por habernos amado en su infinita caridad. Ha tenido piedad de nosotros. Éramos esclavos y nos ha rescatado de la antigua servidumbre que nos oprimía bajo el yugo del pecado. Reconozcamos y bendigamos en este día a Aquél que se hizo pequeño para que fuésemos grandes; pobre, a fin de que fuésemos ricos en virtudes y méritos; obediente y sumiso para enseñarnos que el orgullo hace perecer a los hombres y a las naciones.

Acudid a Él, sobre todos vosotros, los que estáis cansados y oprimidos por el peso de la tribulación, que Él os aliviará. Sólo en Él hallaréis reposo para vuestra alma, porque su yugo es suave y su carga ligera.

Entre vosotros hay muchos que ganan el pan con el sudor de su frente; otros son todavía esclavos. Tiempo vendrá — y no tardará mucho — en que los hombres comprendan mejor que, todos somos hijos de un mismo Padre, sin derecho a disponer de sus hermanos como de un objeto que se vende o alquila. Vosotros que sois libres, animaos, a imitación del Apóstol, a vivir del fruto de vuestro trabajo, porque todo trabajo merece recompensa. No os inquietéis, con todo, demasiado, por atender a las cosas materiales: reparad en los pájaros del cielo, que ni siembran ni recogen ni tienen graneros y, sin embargo, vuestro Padre Celestial los alimenta. ¿Acaso no valéis vosotros más que ellos? Ved los lirios del campo: el mismo Salomón con toda su gloria no estuvo vestido como ellos. Y, si Dios viste de tanta hermosura a la flor que hoy es y mañana desaparece, ¿cómo podrá olvidarse de vosotros que le sois infinitamente más queridos?

Amad, pues, con todas vuestras fuerzas a Aquél que cuida de vosotros y amaos todos en Él con ese amor que no conoce límites y que no tiene fin, por proceder del amor de Jesús el cual ha derramado por nosotros hasta la última lágrima de sus ojos y la última gota de su sangre.

Los paganos que nos persiguen apenas le conocen. Ignoran casi por completo su doctrina o la tergiversan para mejor combatirla. Tan sólo hay un argumento que les pueda convencer; y es: el de vuestra vida íntegra y pura y vuestra absoluta abnegación. Por los frutos se conoce el árbol. Hacedos cargo de vuestra inmensa responsabilidad, porque de vosotros depende tal vez la salvación o la condenación de no pocas almas. Despojaos del hombre viejo que con demasiada frecuencia revive en vosotros y revestíos de Nuestro Señor Jesucristo. Que al descubrir o al escuchar de vosotros alguna cosa de Él, se irradie un reflejo de su belleza y de su dulzura sobre los que nos persiguen o desconocen. Que salga de vosotros, como de

los Apóstoles, una fuerza misteriosa para sanar a cuantos os rodean.

Nuestros hermanos los gentiles no creen más que en lo que ven y palpan. Que Cristo, por medio de vosotros, les enseñe a gustar de los bienes espirituales y eternos. Están ávidos de riquezas y placeres; que por vosotros comprendan que el hombre más útil a sí mismo y a los demás es aquél que se da, y si es necesario se inmola. Si obstinadamente se os resisten no os desaniméis ni los condenéis, porque al fin y al cabo no han recibido las gracias de que vosotros habéis de dar cuenta a Dios. Dad gracias, sobre todo, a Aquél que reveló a los humildes y pequeñuelos lo que a los soberbios y grandes del mundo ha ocultado.

Jesús ha predicho que seríamos perseguidos, porque el discípulo no es más que el maestro ni el esclavo ha de estar por encima de su señor. A Dios está reservado el juicio porque Él sólo puede sondear los secretos del corazón humano. Odiad el pecado, más sed indulgentes con los que lo cometen. Bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os quieren mal y rogad por los que os persiguen, a fin de que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace que brille el sol sobre los justos y pecadores y envía la lluvia sobre los campos de los buenos y de los malos.

Cuando más imponentes nos sentimos es precisamente cuando podemos hacer más en beneficio de nuestros prójimos, porque el mérito de nuestros sufrimientos se eleva al cielo como vapor para descender luego cual benéfico rocío sobre las almas.

La sangre de los que aquí reposan han convertido más almas que todos los argumentos de nuestros más sabios apologistas. Acordémonos de ellos en este día bendito, ya que tantos motivos tienen para que no se les olvide. Ellos están viendo ahora lo que han creído; poseen lo que han esperado y aguardan el momento de que su felicidad se acreciente al vernos a nosotros en posesión de la misma gloria. Sus cuerpos han sucumbido para que nuestras almas se mantengan firmes en la fe; han muerto para que nosotros vivamos y desde sus tumbas nos hablan todavía.

Ahora uníos a mí para decir: Acuérdate, Señor, de los que nos han precedido cerca de Ti; te rogamos que seáis benigno y que los introduzcas a todos en la morada del refrigerio, de la luz y de la paz eterna.

Bendecir conmigo, amadísimos hijos míos, al Padre de las misericordias y al Dios de todo consuelo, que nos muestra su amor, aun cuando nos prueba, a fin de que por los méritos de la fe tengamos derecho un día al gozo supremo de la plena visión.

El anciano Pontífice calló y cuantos le escucharon se sintieron más enfervorizados y conmovidos.

A continuación toda la asamblea, de pie, entonó un cántico triunfal que repercutió bajo las bóvedas sombrías. Alabad al Señor todas las naciones; los pueblos todos, proclamad su gloria. Porque su misericordia se extiende sobre nosotros y la Verdad del Señor vivirá eternamente. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; como era en un principio, es ahora y será para siempre por los siglos de los siglos. Amén.

(De la obra ¿Puede creer un hombre razonable?)



Feligreses buenos y malos

Con este título hemos leído recientemente en el "Diario de la Marina" de la Habana un artículo firmado por Jacques Maritain.

Dado el prestigio del autor no podemos dejarlo pasar sin un comentario.

Dice en el primer párrafo hablando de "las discordias espirituales suscitadas entre franceses" que "en definitiva, los no creyentes de entre nosotros, nuestros ateos, nuestros "enemigos de Dios", como Prudhon se llamaba a sí mismo, no son más que "malos feligreses", no idólatras adoradores de la Serpiente con plumas o del Toro sagrado. Quien ha llegado a intuir lo que late en el fondo del verdadero ateísmo y en el odio racista contra la imagen de Dios, quien se ha estremecido sintiendo el soplo glacial del gran paganismo demoníaco, es quien comprende en pro de que señores servían, aun ignorándolo, la violencia antirreligiosa y los prejuicios sectarios del "pensamiento libre", y quien al mismo tiempo se siente transido de yo no se que ternura por aquellos viejos y queridos librepensadores franceses, cuyo ideario laico y humanitario y la fervorosa adhesión a los principios inmortales y sus apasionados anhelos reivindicadores no dejan de ser cristianismo "extraviado" e ilusionado humanismo, deplorablemente obstinado algunas veces, pero algo en fin que un destello del Evangelio ungió para siempre".

Mas adelante añade que estas ideas cristianas más o menos consecuentes de los "malos feligreses" eran un sentimiento "de liberación y de fraternidad humana de las que Francia es heraldo mensajero y a las que los mitos perversos del fascismo y del nazismo amenazan de muerte".

Desde luego se manifiesta aquí claramente la pasión política y doctrinaria y el "chauvinismo" francés.

Bien sabemos que algunos "istas" llevados asimismo de la pasión quieren justificar lo injustificable y consideran a los racistas punto menos, o quizá punto más, que a Padres de la Iglesia.

Líbrenos Dios de querer justificar los extravíos doctrinarios y prácticos de los racistas. Por algo existe la Encíclica "Mit brennender Sorge" de Pío XI y la declaración colectiva de los Obispos alemanes reunidos en Fulda. Pero de esto hasta el punto a que llega Maritain de presentarnos a "los viejos y queridos librepensadores franceses" o a "nuestros enemigos de Dios" tan solo como "malos feligreses" y practicantes de un "cristianismo extraviado" hay una distancia enorme.

Pero es que la afirmación de Maritain, por mucha base de propaganda política que pueda tener, es absolutamente insostenible.

Podemos dudar de a cuáles viejos librepensadores se refiere. No es probable quiera aludir a la ligereza criminal y al odio de réprobo del bufón Voltaire. Mas adecuados serían los Padres de la Revolución francesa, creadora del espíritu liberal moderno. Pero ¿quién no se ha estremecido de horror cada vez que ha leído una historia de la tal revolución, aun que haya sido la muy parcial de Thiers, al hallarse con la canalla figura de Marat, las sangrientas de Robespierre y Saint-Just, de Couthon y Desmoulins, Danton y Hebert? ¿Quién no ha sentido un escalofrío al leer la manifestación organizada por los corifeos revolucionarios después del asesinato de Marat al pasear en proce-

sión solemne por las calles de París el corazón del repugnante caudillo, aclamado por la hez del pueblo y puesto en sacrílego y burlesco parangón con el Sagrado Corazón de Jesús? ¡Corazón de Jesús! ¡Corazón de Marat! (1).

Sería interesante que Maritain nos dijera qué clase de cristianismo "extraviado" es posible hallar aquí. ¿Y en los asesinatos de los presos políticos y las matanzas de la guillotina, y las "noyades" de Nantes y la metralla de Lyon?

¿Pero es que nosotros, en España, no podemos hablar del asunto con conocimiento de causa? ¿Acaso no tenemos el ejemplo de tres años de una revolución de las más espantosas que registra la Historia, hecha como la francesa, en nombre de la libertad? ¿No hemos sentido todos un estremecimiento de horror al oír, directamente o por referencia, hechos numerosos que revelaban el odio satánico que estos luchadores de la libertad sentían para con Dios?

¿O es que Maritain quería hablar de los políticos y pensadores franceses liberales de la III República, de los que hicieron las leyes laicas, la separación de la Iglesia y del Estado y querían apagar las estrellas del cielo según frase de Viviani? Pues entonces nos limitaremos a dejarles a ellos mismos que hablen, escogiendo, casi al azar, un par de textos, que revelan la profunda malicia y dañada intención que les guiaba.

Prescindamos de Gambetta y su grito de combate: "El clericalismo, ¡he ahí al enemigo!" y vayamos a dos más moderados, de los que seguramente Maritain consideraría que son el tipo de los "malos feligreses": Constans y Spuller.

La cita de Constans está tomada de un artículo publicado por M. Flourens, exministro de Negocios Extranjeros de Francia en la que refiere una conversación entre ambos poco antes de que León XIII publicara su famosa Encíclica "Au milieu des sollicitudes": "Un día le tomé aparte, en el intervalo de una sesión de la Cámara de los Diputados, y le dije: "Parece que vais a lanzaros en los brazos del Papa". Sonrió y me respondió: "No hago nada, ya lo sabéis, más que de acuerdo con Brisson y las logias" "Entonces, qué hacéis?"—"Carnot quiere dar más brillo a sus recepciones en el Eliseo, y la aristocracia del faubourg Saint Germain, asistía poco a ellas". Comprendió que no me satisfacía semejante explicación y añadió: "Hasta ahora el clero ha sido el centro alrededor del cual se han agrupado los partidos hostiles a la República, y, pese a las profundas disensiones que los separan, les ha servido de lazo de unión. Tenemos la convicción de que si quería formaría un núcleo bastante fuerte para inquietarnos"—"Pues bien; ¿qué hacer?"—"Pues bien; ha sido el instrumento de su unión; queremos que se convierta en el instrumento de su desunión. Ha servido para unirlos, queremos que sirva para dispersarlos. El Papa ordenará que los católicos se adhieran a la República. Entre los realistas y los bonapartistas algunos obedecerán esta orden. Otros no. Por tanto discordia entre ellos. Los que se separen de la Iglesia perderán su prestigio sobre los electores rurales. Quedarán malhumorados en un rincón. En cuanto a los católicos que se nos unirán serán aborrecidos

(1) Véase el artículo «Corazón de Jesús, Corazón de Marat», del número 6 de CRISTIANIDAD.

por sus antiguos amigos, que los tratarán de renegados y, creedme, los republicanos no les concederán mayor aprecio. No tendrán ningún crédito en el país y ninguna autoridad en la cámara, porque les faltará un programa político. Su conducta no será más que un amontonamiento de tonterías y su vida una perpetua negación de su pasado. No contarán para nada. Será polvo que no sabrá donde pegarse".—“¿Pero qué concesiones, repliqué, hacéis, pues, a cambio de ventajas políticas tan considerables?”—“Ninguna”—“¿Detendréis por lo menos la carrera hacia la separación?”—“Al contrario, la aceleraremos. Dentro de diez o quince años será un hecho”.

El otro documento es un discurso de Spuller pronunciado poco después de publicada la encíclica de León XIII a que antes hemos hecho referencia. Dirigiéndose a los católicos que habían aceptado la República les dice: “Si entráis en la República para llevar el trastorno y el desorden, si no sabéis hacer al espíritu nuevo las concesiones que exige, quedaos en casa. Si pretendéis no poder aceptar ni la ley escolar ni la ley militar, sois libres de hacerlo, pero entonces seguid vuestro camino”.

Si aquí no se transparenta de la manera más clara un odio satánico contra Dios y la Religión, obedeciendo a un plan concreto y trazado a largo plazo, no se qué cosa pueda ser irreligiosidad.

Serán más o menos satánicos que los racistas, pero pretender excusar a éstos “viejos y queridos librepensadores franceses” y hacerlo un autor católico, de por otra parte merecido prestigio, nos parece muy fuerte.

Que en ellos exista cristianismo inconsciente es muy dudoso. Probablemente no pasa de ser una manifestación de lo que dice Balmes, cuando hablando en “El Protestantismo” de los beneficios que la humanidad debe al Catolicismo en el aspecto social, hace notar que las modernas heregías se distinguen de las antiguas por la exagerada importancia que dan al individuo; pero esto no es exclusivo de los librepensadores franceses.

Otras “perlas” podríamos recoger en el artículo de

Maritain, pero los dejaremos para fijarnos en una sola y terminar.

“Sin pretender un pleno acuerdo en los aspectos filosófico y religioso es posible sin duda alguna para los unos y para los otros el trabajar juntos cooperando en las tareas urgentes requeridas por el común de la ciudad, adscribiéndose al valor real y existencial de sus ideas y sin dejar por lo demás de esforzarse libremente en lograr el prevalecimiento de sus respectivas concepciones”.

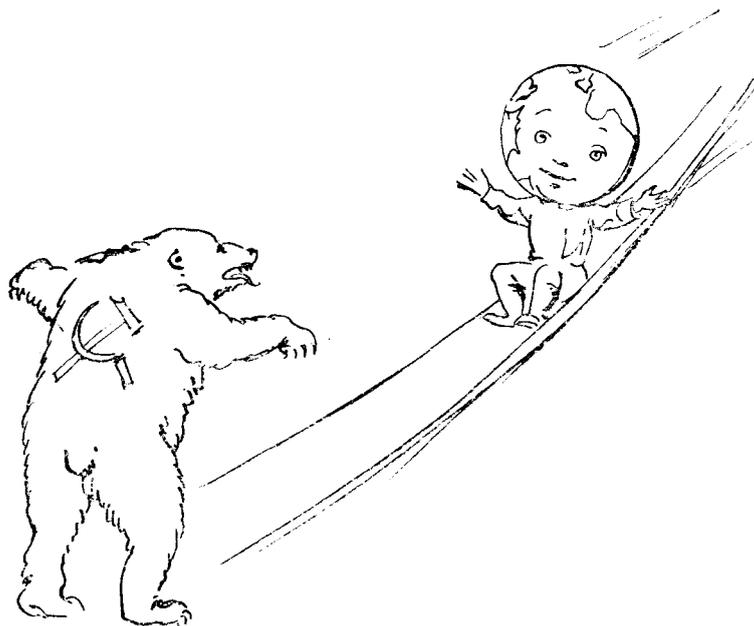
Es raro que Maritain diga esto pues indica grave pérdida de memoria. Dos tentativas de esta clase, por lo menos, ha visto él en Francia, y las dos acabaron mal. Fue la primera la de “Le plus grand Sillon” de Marc Sangnier, condenada por Pío IX. Seguramente entre Maritain y Sangnier había lazos de amistad. Y la segunda fué la alianza entre católicos y positivistas de la “Action Française”, condenada por Pío XI. Por cierto que el mismo Maritain escribió diversos artículos defendiendo la razón que asistía al Pontífice al prohibir la unión entre ortodoxos y heterodoxos. Y he ahí que ahora nos sale con la contraria. ¡Lo que puede la política!

Al final da la razón de la existencia de estos “malos feligreses”.

“Si los malos feligreses estuviesen absolutamente de que los buenos feligreses no abrigaban sigilosamente la esperanza de imponerles un día por coacción su propio código de vida, se abrirían más fácilmente a las concepciones cristianas de lo temporal”.

Y hasta de lo espiritual. Porque, claro está, la culpa de que existan “malos feligreses”, es decir: masones, librepensadores, comunistas, racistas, anarquistas, etc., etc. es pura y exclusivamente de los católicos, por su intransigencia, por no querer ceder en las cuestiones fundamentales. Si prescindimos de la Santísima Trinidad y del milagro todos estaremos de acuerdo. Entre tanto no nos queda más recurso que colgar el muerto a la Inquisición Española de Felipe II.

Domingo Sanmartí Font.



COMENTARIO INTERNACIONAL

La grave situación de Francia

VI

Las "Fraternelles"

La relación parcial publicada en el artículo anterior, de las organizaciones de tipo profesional intervenidas o controladas por la Masonería, tiene de por sí elocuencia bastante para comprender y valorar la extensión que había adquirido la influencia de la secta, y la astucia que ésta emplea para infiltrarse en el seno de la sociedad. Así logra actuar sobre el ánimo de muchos individuos que tal vez negaríanse, abiertamente, a aceptar una tutela tan terrible y perniciosa.

En el seno de las "Fraternelles" se preparaban, a menudo, proyectos de leyes que después eran presentados al Parlamento por los diputados masones. Las reuniones no estaban revestidas del complejo y misterioso ceremonial de las "tenidas", pero en todas las discusiones y proposiciones estaba presente el espíritu adquirido en las logias. La Masonería servíase, por lo tanto, de tales organizaciones para intervenir plenamente en la vida del país, y al propio tiempo podía conocer, a través de las mismas, las necesidades de la nación y darles una solución ajustada a sus peculiares intereses.

Fijémonos, ahora en la constitución de algunas "Fraternelles".

La "Fédération mixta de l'Alimentation" fué fundada en 1904, por el masón Louis Chartier, con el fin aparente de reunir en un ambiente de camaradería a los patronos, directores, empleados y representantes de este ramo de producción o relacionados con el mismo. En el apartado 4.º del artículo segundo de sus estatutos, se declara expresamente que uno de sus fines es: "discutir con toda cortesía, los diferentes problemas económicos, sociales, de interés para la Federación, quedando prohibida toda discusión política, religiosa o de carácter personal". El Presidente de Honor de la Federación era el masón León Mittiaux, y entre los presidentes efectivos que ha tenido, podemos citar a Louis Henriot, Gallois y Eugène Vérola, todos ellos miembros de la Masonería.

"La Santé" y "Les Amis de Rabelais" agrupaban a gran número de médicos. La primera fué fundada por el masón Lucien Lévy, y como dirigentes figuraban S. Zaborowsky y H.-G. Schmitt. "Les Amis de Rabelais" publicaban un periódico llamado *Rabelais*, y se reunían mensualmente en un banquete. Entre los médicos que presidían los ágapes, encontramos a los doctores Lapaqué, miembro del Instituto; Thévenin, Consejero general del Sena; Hoog; Naar; Quanvieuille; Hébert; Grimberg, y otros varios. Esta agrupación tenía ramificaciones internacionales, como la que existía en Austria presidida por el masón Dr. Hoffmann.

Por último, para no alargar con exceso este apartado, hablaremos de la "Fraternelle des journalistes". En el artículo primero de sus estatutos fundacionales, leemos: "Entre los masones sin distinción de Obediencia ni de ritos, que pertenecen al periodismo profesional o que hayan hecho de esta profesión su ocupación principal

durante un período no inferior a diez años, se constituye una *Association Fraternelle* para practicar su deber de mutua solidaridad y servir su común ideal". El Presidente de Honor de la entidad, era el conocido masón Camille Chautemps; entre sus miembros habían periodistas pertenecientes a los siguientes periódicos y agencias: *Paris-Soir, L'Ouvro, Le Matin, Le Populaire, Le Petit Parisien, Le Journal, Agence Havas, Agence Radio, La Dépêche de Toulouse, Le Petit Méridional, Agence Fournier, Gazette de l'Armée, Le Soir, Le Temps, Le Matin de Tunis, Le Peuple, Journal Officiel*, y otros muchos. "Los diputados masones—escribía en 1935 P.-L. Leroy—saben a que puertas hay que llamar para que aparezcan en la prensa, las ideas y las consignas que entre ellos convienen. Y saben además donde pueden encontrar las noticias e informaciones útiles para sus propagandas".

La "Ligue des Droits de l'Homme"

Hemos hablado, también, de la importancia manifiesta que la "Ligue des Droits de l'Homme" tuvo en la difusión de los principios laicos y antirreligiosos, pero no estará de más puntualizar la auténtica naturaleza de dicha entidad y los verdaderos objetivos que perseguía; para ello, reproduciremos, fragmentariamente, una carta pastoral publicada por los Excmos. y Rdmos. Sres. Arzobispo de Cambrai, y Obispos de Lille y de Arras. Dice así:

"Esta Liga se presenta como una asociación jurídica que tiene por fin la intervención a favor de toda persona víctima de una injusticia, de una ilegalidad, de un acto arbitrario. Y por esta razón puede seducir a los hombres amantes de la justicia y de la libertad.

Pero, en realidad, está ligada con estrechos lazos con la francmasonería, como lo atestigua un artículo del *Bulletin Officiel de la Grande Loge* (sep. 1920), en donde se puede leer, a propósito de la Liga de los Derechos del Hombre, de la Liga de la Enseñanza y de otras Sociedades parecidas: "La Masonería debe ser el cemento que las una". De hecho, los estados-mayores de la Liga están formados en gran parte por francmasones. La Liga actúa como una filial de la Logia de la cual sigue las inspiraciones y sostiene la acción anticristiana.

Algunos ejemplos serán suficientes para demostrar cual es la actitud de la Liga de los Derechos del Hombre cuando se trata, para los católicos, de justicia y de libertad.

Ninguna protesta de su parte contra las atrocidades de México. Enterada de la cuestión en 1927, la Liga ordenó una encuesta, pero se esperan aún los resultados.

La cuestión de los derechos de los religiosos, largamente discutida en el seno de la Liga, tuvo una minoría favorable, pero en 1928, en la sesión final, el Congreso declaró "no querer solicitar la modificación de ninguna ley sobre las congregaciones".

Al contrario, las secciones de la Liga organizan encues-

tas con el objeto de denunciar a los religiosos que se dedicasen de nuevo a la enseñanza.

El Congreso de 1928 se pronunció contra la libertad de enseñanza y en favor de una "enseñanza laica nacionalizada, con el triple concurso del Estado, de los representantes de los alumnos y de los técnicos sometidos al control de la nación".

El presidente, M. Víctor Basch, llegó a declarar que "la prohibición al sacerdote del derecho a enseñar debe valer ipso facto para el creyente".

En 1926, el congreso pidió la abolición del concordato en las provincias recobradas de Alsacia y Lorena".

Actividades sectarias en las Colonias

La intervención de la Masonería no se limitaba tan solo al territorio francés metropolitano, sino que llegaba a todas las colonias, protectorados y posesiones en general de Francia.

De los 495 altos dignatarios que constituían lo que podríamos llamar "Estado-Mayor" de la Masonería francesa, pertenecían a Argel, 38; a la Indochina, ocho; a Túnez, siete; a Marruecos, tres; teniendo otros cuatro la jurisdicción sobre los restantes territorios de ultramar.

Nos fijaremos solamente en la Indochina. Sus dignatarios de mayor categoría eran los siguientes: cuatro "Soberanos grandes inspectores generales" (grado 33); dos "Sublimes príncipes del real secreto" (grado 32); y dos "Grandes inspectores inquisidores comendadores" (grado 31).

Entre los cargos desempeñados en aquel territorio por elementos pertenecientes a la secta, figuraban: el Gobernador General, Alexandre Varenne (1925-1928); el Director General de Instrucción Pública, Stephen Delmas (1925-1933); el Jefe Local del Servicio de Enseñanza en Annam, Henri Delétie (1914-1933).

Sobre la obra llevada a cabo por algunos de estos elementos, copiaremos las palabras escritas por Henri de Monpezat en su libro *Volonté indochinoise*: "¿No es cierto que la política de M. Varenne, ha producido entre los indígenas un estado de espíritu antifrancés, una malsana agitación, que se ha traducido por deplorables manifestaciones, tales como la reunión pública de Saigón en la que varios oradores han hecho llamamientos a la revolución, a la expulsión de todos los franceses? ¿Esta agitación no se manifiesta también por todas partes, hasta en nuestras industrias y casas de comercio? ¿No es para quedar estupefacto constatar la transformación lamentable de nuestros protegidos, en menos de cuatro meses, es decir después de la llegada de M. Varenne?"

En realidad los mandatarios de la secta se limitaban a cumplir los acuerdos del Gran Oriente; recordemos los votos emitidos en la reunión de 1923, en el sentido de que "el estatuto de las poblaciones, indígenas o no, de las colonias francesas, sea netamente definido y codificado en una ley orgánica basada en los principios democráticos que son la esencia misma del régimen republicano", y la manifestación de que "aquellos que han hecho la Revolución deben pesar sobre los educadores, para que trasciendan al dominio de los hechos las fórmulas liberadoras de la Revolución francesa", haciendo posible, de esta manera, la Revolución internacional que "es, para el día de mañana, la obra de la Franc-Masonería" (Gran Logia de Francia, 1922).

Otros medios de descristianización

Además de las organizaciones ya mencionadas, existían otras que mediante prácticas externas consideradas por algunos como intrascendentes, fomentaban las supersticiones, sirviendo de poderoso vehículo para ir desarraigando de la sociedad los principios cristianos.

En 1934 existían en Francia quince agrupaciones naturistas o desnudistas, una docena de revistas del mismo carácter, y veinticinco restaurantes vegetarianos. Los principales dirigentes de estas sociedades eran también masones. Sus esfuerzos se encaminaban a crear una nueva religión. "El Sol, el Aire y el Agua—escribía el masón Vigné d'Octan—he ahí la verdadera Trinidad, la sola que el hombre juzgará en adelante digna de su adoración" (*Le Naturiste*, Junio 1934).

El ocultismo fué otro de los medios que la secta empleaba para descristianizar a Francia. Entre las publicaciones dedicadas a difundir tales doctrinas, recordemos solamente: *Le Symbolisme*, *La Rosa-Croix*, *Les Cahiers de la Fraternité Polaire*, *Secrets*, *L'Astrosophie*, *Le Charior*, *La Flèche*, *Nostradamus*, *L'Echo des Sciences mystérieuses*, *L'Evolution Spirituelle et Sociale*, *La source*, etc.

No hablemos ya de los charlatanes, faquires, adivinos, etc., verdadera plaga para Francia, cuya lista podría fácilmente realizarse con los recortes de sus anuncios que llenaban materialmente las páginas de publicidad de la mayor parte de los periódicos. Su evidente éxito es el indicio más acabado del grado de superstición e inmoralidad a que había descendido una parte notable de la población.

* * *

Por último, y para completar el cuadro rudimentariamente trazado, queremos citar un solo ejemplo que nos permitirá comprender prácticamente el poderío de que gozaban las fuerzas secretas en la vecina nación.

El conocido escritor J. Tharaud fué enviado por el director de un periódico francés a Alemania, para que explicara a los lectores el significado y alcance de las leyes contra los judíos. Esto sucedía en 1933. Al regresar Tharaud a su país y repasar la colección del diario con el fin de comprobar la publicación de las crónicas enviadas, se encontró con la desagradable sorpresa de que únicamente habían aparecido los tres primeros artículos. Inmediatamente fué a pedir explicaciones al director, el cual le respondió en la siguiente forma: "—¡ Ah! ¡ que historia! ¡ Nunca se ha visto aquí una cosa parecida...! En la Sala Wagram, en un miting de protesta contra Hitler, algunos oradores se han referido a usted, ¡ a usted y al periódico entendámonos!, para injuriarle, tratándole como profesional y aprovechador del antisemitismo. Consecuencia de ello, una banda en delirio ha venido a quemar bajo nuestras ventanas los números del periódico en que aparecieron sus artículos... ¡ Pero hubo algo más grave! Los agentes de publicidad tomaron cartas en el asunto, amenazando con retirar sus anuncios. Y usted ya lo sabe, los agentes judíos representan al menos el 60 por 100 de la publicidad en un periódico... El resultado puede comprenderlo: hemos suspendido la publicación de sus artículos..."

Tharaud resumió la impresión que le causó la noticia, con estas palabras: "De hoy en adelante cuando un judío me hable de libertad de opinar o de libertad simplemente, ya sabré como hay que entenderle".

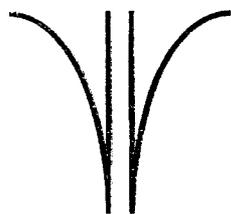
José-Oriol Cuffi Canadell

S. S.

Barcelona

BARATA H^{nos}., SUCESOR

TEJIDOS DE LANA



Pl. Maragall, 2
Teléfono 2322

TARRASA

Hijo de

Manuel Vallhonrat

FÁBRICA DE GÉNEROS DE PUNTO

Almacén y despacho: San Antonio, 39

Fábrica: García Humet, 40

Teléfono núm. 1832

TARRASA

CUEVAS DE ARTÁ

MALLORCA



MÚLTIPLES son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

LAS MARAVILLOSAS CUEVAS DE ARTÁ